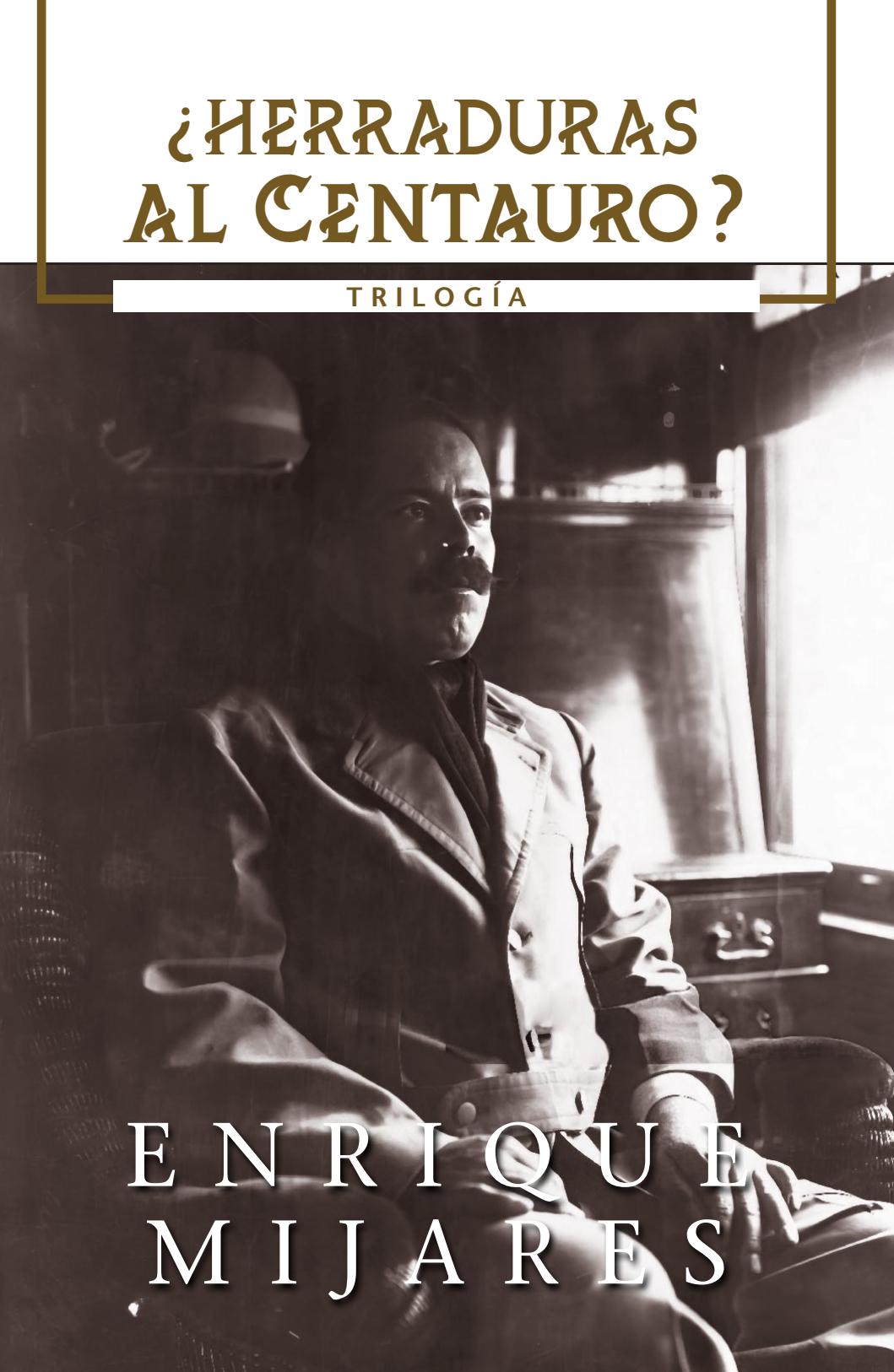


¿HERRADURAS AL CENTAURO?

TRILOGÍA



ENRIQUE
MIJARES

¿HERRADURAS AL CENTAURO?

TRILOGÍA

Esteban Villegas Villarreal. Gobernador del Estado de Durango

INSTITUTO DE CULTURA DEL ESTADO DE DURANGO

Francisco Javier Pérez Meza. Director general

María Lilia Ayala Ortiz. Directora de Planeación y Evaluación

José Antonio Argüelles Campos. Director de Vinculación

¿HERRADURAS AL CENTAURO?

**TRILOGÍA. (PERRO DEL MAL. LE PUSIERON PRECIO A SU CABEZA.
MANOS IMPUNES)**

Primera edición - 2023

D.R. ® 2023, ENRIQUE MIJARES

Ediciones ICED

Imagen de portada: Pancho Villa, descansa en una silla. 1914. (Foto de la Biblioteca del Congreso de EE UU. Dominio Público)

Shamir Abdel Nazer Arce. Coordinador de publicaciones

Claudia M. Román A. Diseño de portada e interiores

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización expresa y por escrito del autor. La información, la opinión, el análisis y el contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores que la signan y no necesariamente representan el punto de vista de Ediciones ICED, y de su equipo en general.

Ediciones ICED

Instituto de Cultura del Estado de Durango

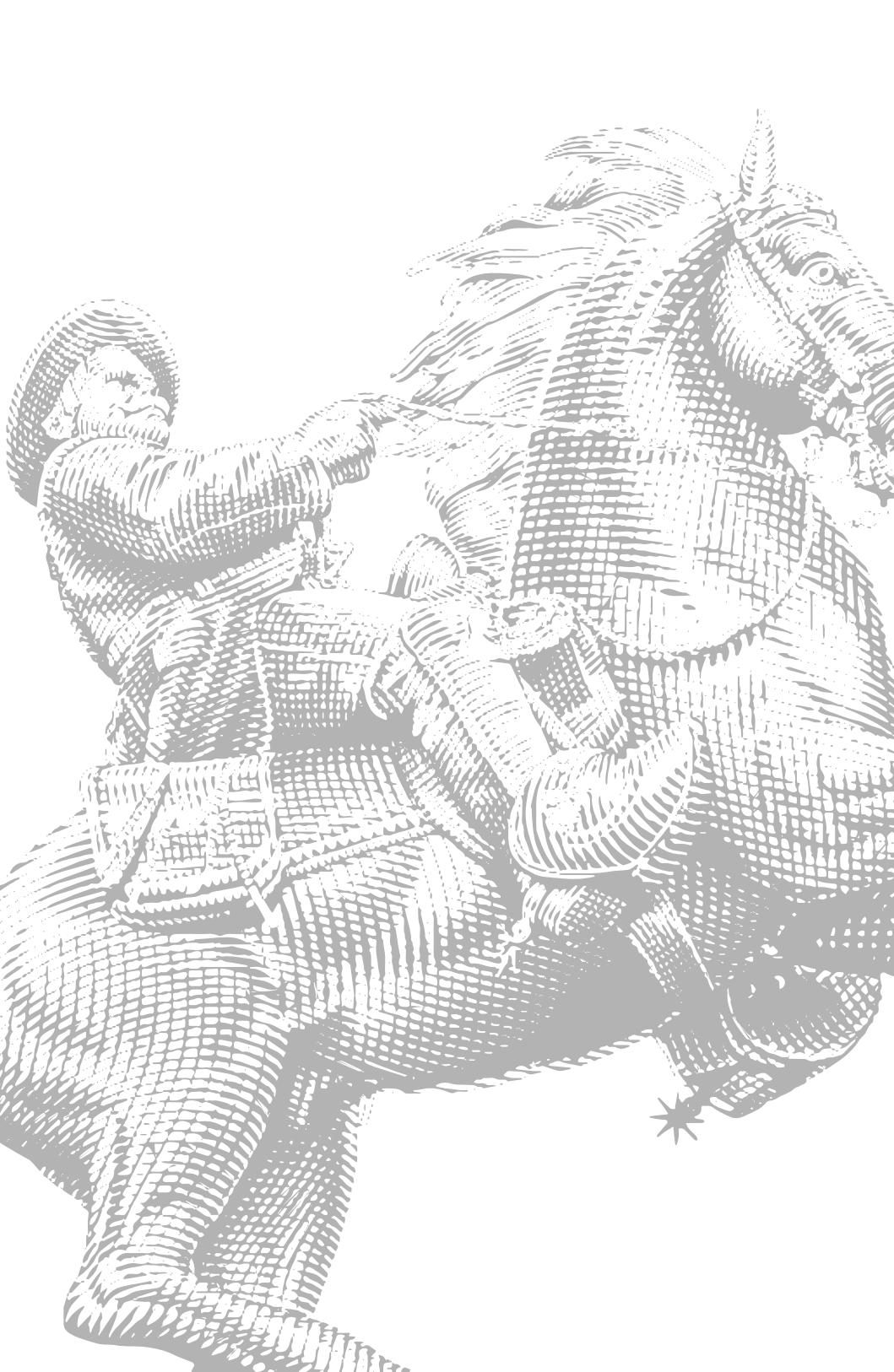
Calle 5 de febrero #800 pte., centro histórico

Durango, Dgo.

¿Herraduras al Centauro? Trilogía de Enrique Mijares se terminó de imprimir en abril de 2023, en los talleres de Artes Gráficas “La Impresora” Canelas #701. Col. Ciénega Durango, Dgo. Tel. 618 813 33 33; el tiro consta de 500 ejemplares

¿HERRADURAS AL CENTAURO?

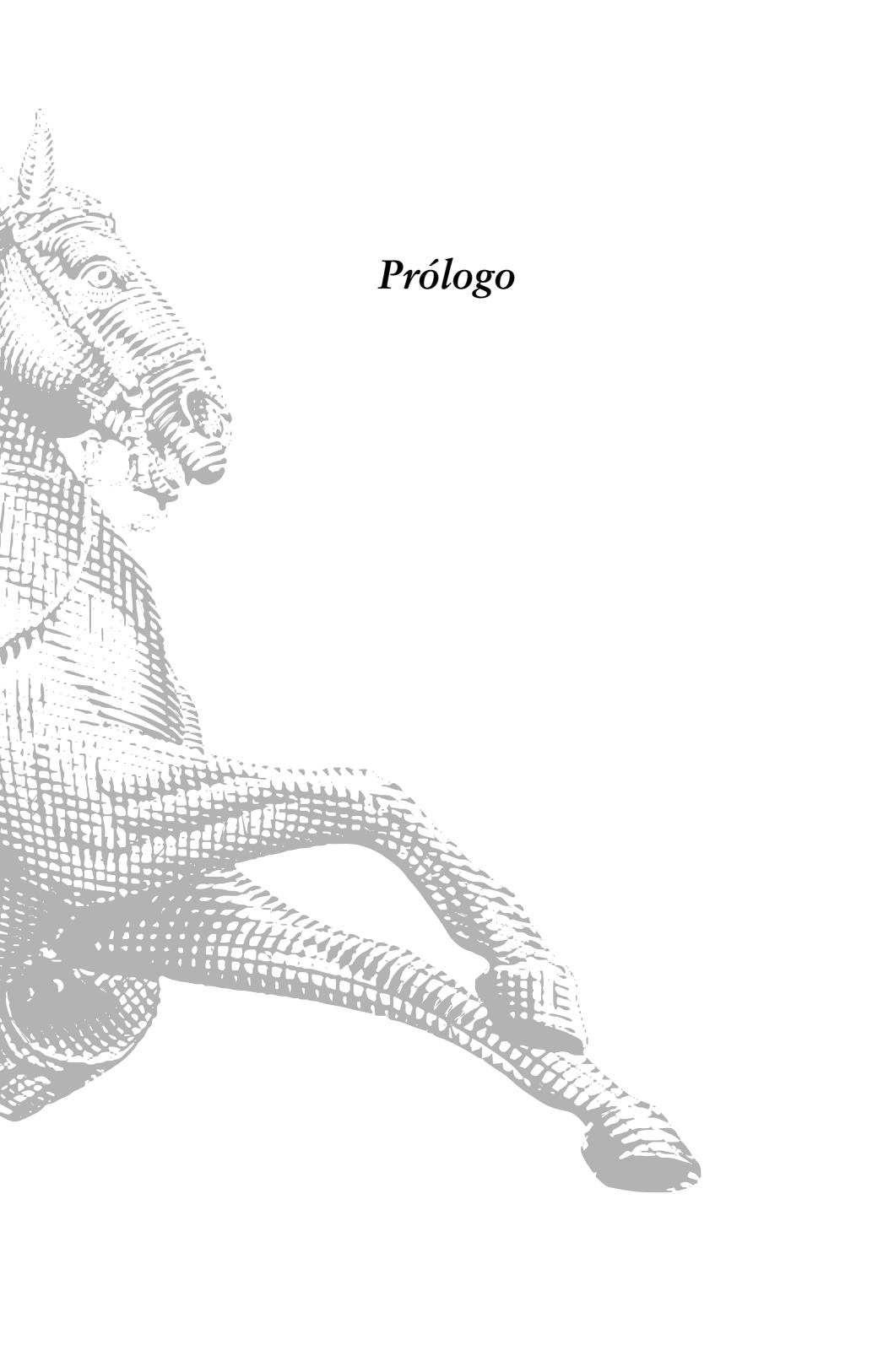
TRILOGÍA



CONTENIDO

Prólogo	9
<i>Aurelio de los Reyes</i>	
El centauro del norte como narratema	15
<i>Armando Partida Tayzan</i>	
Francisco Villa, el héroe que forjó su propia leyenda	37
<i>Enrique Mijares</i>	
¿HERRADURAS AL CENTAURO?	
Perro del mal	55
Le pusieron precio a su cabeza	85
Manos impunes	121





Prólogo

Francisco Villa y Emiliano Zapata fueron por mucho tiempo (todavía en 1968 lo eran), símbolos de las luchas de los marginados por una justicia social. Es de recordar a los estudiantes coreando en las manifestaciones de aquel año: ¡Ho Ho Ho Chi Minh! ¡Díaz Ordaz Chin Chin Chin! Fidel, Fidel, ¿qué tiene Fidel, que los americanos no pueden con él?! ¡Ché-Ché-Ché Guevara! Y el regaño del presidente Gustavo Díaz Ordaz en su informe del 1 de septiembre, quien los invitó a cortear a los símbolos justicieros de nuestra historia. Y es de recordar cómo, en la siguiente manifestación, Zapata y Villa opacaron al Ché y a Ho Chi Minh en los coros y en las mantas y estandartes.

La historia política contemporánea reciente sustituyó a Villa y Zapata por Lázaro Cárdenas. Aquellos pasaron a ocupar un segundo plano en la vida nacional, no regional, porque en Durango, Coahuila y Chihuahua en el norte, como en Morelos en el sur, continuó el mito de ambos justicieros entre los desposeídos.

En Chihuahua, a fines de julio se lleva a cabo la cabalgata villista; un grupo de jinetes visita varias ciudades en un recorrido que termina en Parral justo el aniversario de Villa. En Morelos, los devotos de Zapata, provenientes de varias poblaciones, se unen para recorrer en autobús su ruta: Anenecuilco, donde nació; Tlaltizapán, donde tuvo su cuartel; y Chinameca, donde lo asesinaron.

En ambos recorridos, lo sorprendente es encontrar gente joven, niños aún; todos campesinos. En Torreón, el retrato de Villa suele compartir espacio con el Sagrado Corazón o la estampa de algún santo en la recámara

de las prostitutas. Las paredes del museo villista de Torreón desprenden la misma religiosidad de los muros que exhiben los exvotos del Santo Niño de Atocha, en Plateros, Zacatecas, por la manera de colocar los recuerdos villistas regalados por antiguos revolucionarios o sus herederos; documentos firmados de puño y letra de Villa: nombramientos de oficiales, cartas, dotación de tierras; viejas pistolas; ropa, balas, casquillos, retratos, retratos y más retratos

El 1 de marzo de 1994, la figura de Zapata principalmente, y de Villa, vuelven a la primera plana de los periódicos y de las pantallas de la televisión, no solo nacional, sino internacional vía satélite, por los acontecimientos de Chiapas. Recuérdese cómo el comandante Marcos declaró que, desde el punto de vista militar. Desarrolló una estrategia empleada por Villa: simular el ataque a un punto para distraer al ejército, mientras tomaba el punto que más le interesaba: San Cristóbal de las Casas.

Desde los años sesenta, mientras tanto, la historiografía revisó a paso lento, como exigen los estudios profundos, la figura de ambos caudillos, para comprenderlos como hombres, héroes y caudillos, y superar el elogio o el vituperio característicos de la historiografía testimonial desarrollada con la consolidación de la facción carrancista en el poder. Destacan los estudios de John Womack sobre Zapata y de Friedrich Katz¹ sobre

1. En los documentos estudiados por Katz, este ha encontrado la correspondencia en la que el asesino de Villa le había avisado a Joaquín Amaro, secretario de Guerra de Calles, sus intenciones de cometer el crimen. Sin este disuadirlo. Después lo ayudó para que tuviera un juicio rápido y saliera libre.

Villa. Me parece que, producto de ambas circunstancias –Chiapas y la nueva historiografía– son los textos que Enrique Mijares presenta a continuación: *¿Herraduras al centauro?: Perro del mal, Vivo o muerto* y *Manos impunes*. La dramaturgia se enriquece con una visión de Villa animada por un espíritu de comprensión.

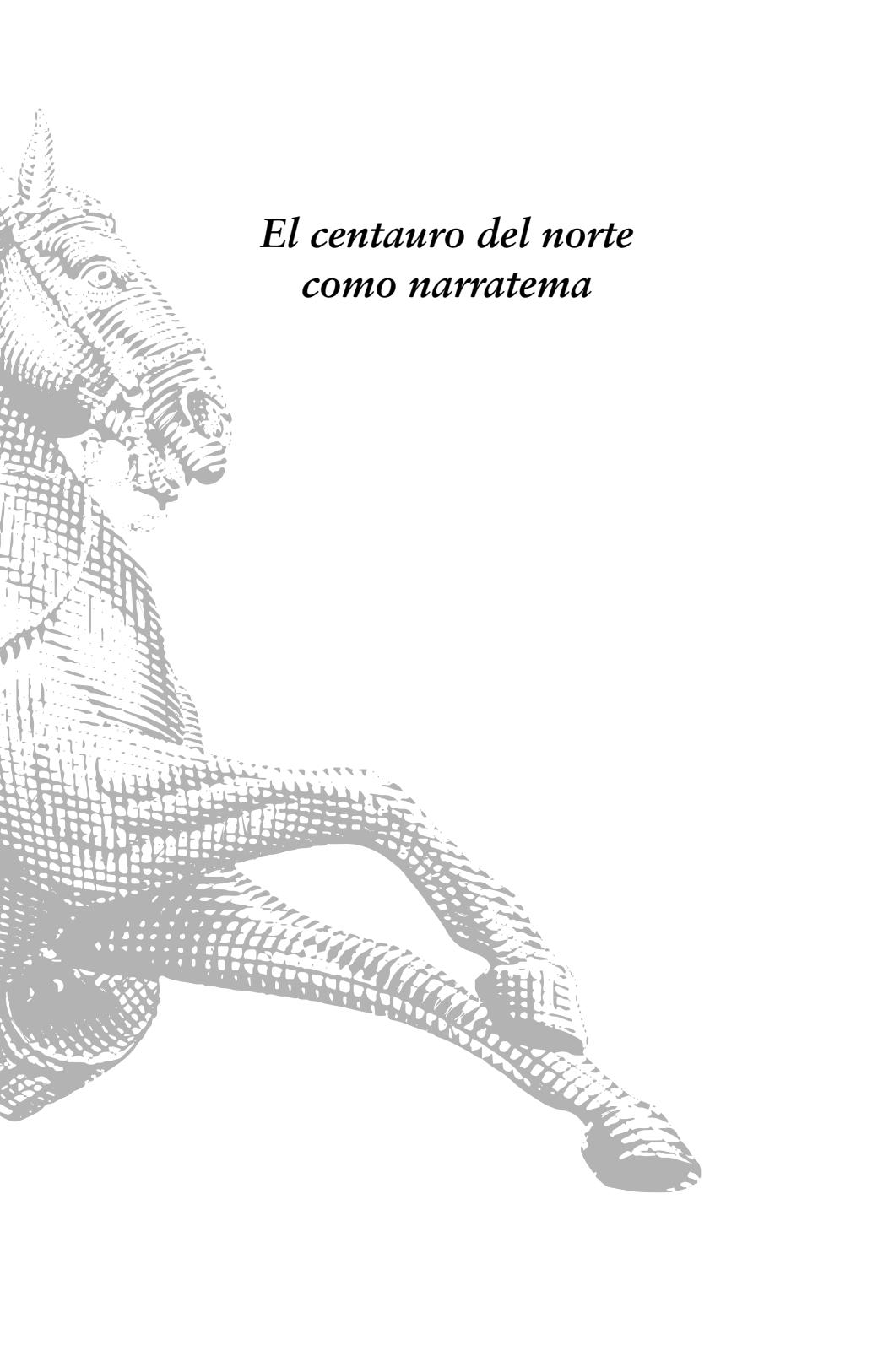
Sorprende con gratitud, en la trilogía *Herraduras al centauro*, el rescate del habla regional, sobre todo cuando las telenovelas olvidan los giros y la acústica del lenguaje que con tanta precisión fijó el viejo cine mexicano. Y el rescate de la figura de Villa, presentado aquí como una víctima de las circunstancias.

Aurelio de los Reyes

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS UNAM

Sin embargo, concluye el investigador, esto no es prueba contundente de que Calles y Obregón, hayan mandado asesinar a Villa.





*El centauro del norte
como narratema*

Francisco Villa ha sido, y es, indudablemente, el caudillo más recurrente en la historia de la Revolución, tanto como protagonista dominante de las gestas cantadas sobre el movimiento armado, y, sobre todo, como el personaje literario más pintoresco y contradictorio de la narratividad nacional.

En su propósito por recuperar el imaginario de la cultura patrimonial a través de sus héroes y caudillos, Villa se ha convertido en el protagonista principal de la dramaturgia del norte y fronteriza, en el narratema presente en la mitología regional, como puede constatarse en muchísimas de las piezas que, sobre este mitologema, han sido escritas en el último cuarto de siglo, particularmente en la franja geográfica septentrional del país.

El dramaturgo Enrique Mijares –siendo, él mismo, autor de una trilogía sobre Francisco Villa: *¿Herraduras al Centauro?*, Premio Nacional de Dramaturgia UANL 1995–, se refiere al tema específico de los hechos sobresalientes y su entorno, como es el caso de los referentes históricos y míticos de la región fronteriza, de la siguiente manera:

Frente a la escasa, aunque no menos importante, atención de algunos escritores nacionales [...] se alza una imponente oleada de obras de los dramaturgos del norte dedicados no solo a ciertos episodios históricos protagonizados por determinados personajes locales, sino también a una gran variedad de acontecimientos que, en rigor, forman parte de la prosa cotidiana, pero que han

sido relevantes para la configuración de la idiosincrasia y el desarrollo cultural del norte del país (Mijares, Los héroes, 2004. 19-20).

Prosa cotidiana traducida a texto dramático.

por acción y efecto de sus dramaturgos, los héroes y la historia, que forman parte del imaginario colectivo en los estados fronterizos, son la materia prima de los textos cuya función no se concreta al rescate y la consignación, sino que aspira al análisis plurifocal, las estructuras irradiantes y los desenlaces abiertos a múltiples opciones, apropiaciones, interpretaciones... de los lectores y espectadores (19).

Formas de expresión, de escritura dramática ‘histórica’, no distintas a las utilizadas por Liera, Gabriel Contreras o Antonio Zúñiga, por solo nombrar a unos cuantos, pero sí muy distintas a las pocas muestras de ‘teatro histórico’ de la corriente hegemónica nacional.

El predominio de una dramaturgia comprometida con el diario acontecer social de aquellos días, permitió soslayar el simulacro de la representación oficial de la Revolución; cuya desmitificación se encuentra presente en “La madrugada”, de Juan Tovar, a partir del inicio de la década de 1970; volviendo el teatro mexicano a este narratema, una y otra vez en las siguientes décadas del siglo XX y en la primera del XXI; retomando los hechos históricos del movimiento armado y de sus

caudillos, para desmitificar la historia de bronce esclificada por el Estado.

Villa el guerrillero

Para comprender mejor la figura legendaria de este mítico guerrillero hemos recurrido a la presentación efectuada por Wilberto Cantón sobre *Muera Villa*, bosquejo de la obra posterior: *La madrugada*, del mismo Juan Tovar, sobre este héroe legendario. Bosquejo que citamos *in extenso*, debido a que posteriormente presentamos otras obras constitutivas del narratema y del mitologema del héroe popular revolucionario.

Pasional, valiente, cruel, tierno, impulsivo, Pancho Villa es la encarnación del bandolero generoso, con todas las cualidades y defectos que puedan suponerse en un hombre que vive las tragedias de su pueblo y entregara su vida a la lucha por aliviarlas. Nimbado por la leyenda desde mucho antes de su muerte, su nombre es famoso no solamente en México, sino en todo el mundo: se ve en él al guerrillero implacable y casi invencible, que se sobrepone a su condición social y gracias a su audacia e inteligencia supera las fallas de la deficiente educación que recibió.

Villa –cuyo verdadero nombre fue Doroteo Arango– nació como humilde campesino, en la Hacienda de Río Grande,² Estado de Durango. El principio de su historia

2. El dato real completo de su nacimiento: Rancho La Coyotada, municipio

(o de su leyenda) es el patético caso del peón que se insurge para defender el honor de su hermana, violada por el patrón –tema muchas veces tratado en la literatura de la época-. De allí arranca una vida que quizá hubiera quedado confinada en los límites del bandolerismo, si el inicio de la Revolución no le hubiera dado ocasión de mostrar insospechadas dotes militares y organizativas. Se convierte, al unirse a los partidarios del movimiento contra el dictador Porfirio Díaz y, al triunfo de la causa, se incorpora al ejército con grado de general honorario.

Enemistado con Huerta, entonces cabeza de las tropas federales y por tanto en ese momento maderista, está a punto de ser fusilado; pero logra huir hacia Estados Unidos, de donde regresa cuando es asesinado el ‘presidente mártir’, a quien guardó ejemplar fidelidad. Solo ocho hombres lo acompañaban al cruzar la frontera; pero muy pronto cientos y miles habrían de unírsele para formar la División del Norte, al frente de la cual libra batallas memorables, como la de Torreón, digna de figurar en tratados de estrategia, y la de Zacatecas, que significó el principio del final del gobierno de Huerta.

Después –en condiciones que ya han sido relatadas antes– se enemista con el Jefe del movimiento constitucionalista [Venustiano Carranza] (con quien frecuentemente tuvo diferencias, debidas sobre todo al opuesto temperamento de ambos) y como Jefe de Operaciones designado por la Convención de Aguascalientes, continúa peleando; pero su estrella comenzaba a declinar y varias derrotas lo van replegado hacia el norte, donde

al fin decide disolver la División que comandaba y volver a su primitiva condición de guerrillero.

Un Congreso Constituyente reunido en Querétaro, redacta la Nueva Constitución (1917), conforme a la cual Venustiano Carranza es electo presidente de la república. Villa le crea algunos problemas, sobre todo de carácter internacional, por su ataque a la población norteamericana de Columbus, que origina la expedición punitiva que los Estados Unidos enviaron a territorio mexicano, para buscarlo y castigarlo; pero no lo pudieron encontrar y siguió en pie de guerra hasta que, al enfrentarse a Obregón y otros conocidos militares con el gobierno, Carranza es asesinado.

Poco después depone las armas; firma los Convenios de Sabinas, según los cuales se le reconoce el grado de general de División, con haberes completos, y recibe en propiedad el rancho de Canutillo, Chihuahua, en donde se dedica a la agricultura en unión de varios de sus antiguos compañeros, del grupo conocido como Los Dorados [de Villa], que formaban su guardia personal. Pese a su actitud pacífica, sus enemigos fraguan un complot para asesinarlo, lo cual ocurre el 20 de julio de 1923; cae acribillado en la ciudad de Parral, durante una emboscada. Su destino final —asesinado a traición— es semejante al de otros grandes dirigentes de la Revolución: Madero, Zapata, Carranza y, unos años después, Obregón. (Cantón 1982 787-788).

La visión que se ha forjado alrededor de la imagen de Villa, ha sido maniquea y unilateral, presentándolo,

por una parte, como un personaje atroz y sanguinario, dramáticamente primario. Otra de las expresiones de la representación de los rasgos, carácter y personalidad de este personaje, ha sido la del simulacro de este caudillo en la historia oficial de la Revolución institucionalizada, convirtiéndolo en un personaje famoso y popular; confiriéndole incluso al rango de héroe, de mito; como el más popular de los caudillos de la lucha armada, sobre todo en la mejor época del cine nacional. Sin embargo, si consideramos los otros rasgos de su carácter, no relacionados con los hechos revolucionarios, estos delatan una personalidad desconocida, que precisamente devela la razón de su arraigo entre la tropa y en el reconocimiento del pueblo. Perfil presentado posteriormente por otros dramaturgos.

Su actividad, esta sí como ‘Cincinato moderno’, una vez amnistiado –no como lo pretendiera Obregón al preguntársele si aceptaría ser postulado para otro período presidencial–, son prueba de ello, y de otros muchos rasgos de su carácter.

En su hacienda organizó el trabajo comunal, convirtió la iglesia en troje, compró maquinaria agrícola, sembró, plantó y cosechó trigo, maíz y frijol, construyó una escuela para los hijos de los campesinos, construyó casas para sus empleados, trazó calles, introdujo los servicios de correo y telégrafo, instaló talleres de carpintería, carnicerías y zapaterías, fundó un banco de crédito agrícola e impulsó la industria ganadera (Musacchio 1990 210).

Sin embargo, este sesgo, presente en sus actividades como civil, no impediría que Álvaro Obregón confabularía en su contra para asesinarlo impunemente, temeroso, precisamente, de la popularidad del Centauro del Norte, y sabiendo no contar con la simpatía de este, al no apoyar a su candidato oficial –Plutarco Elías Calles– para sucederlo.

A fines de 1922 expresó al periodista Regino Hernández Llergo sus simpatías por el precandidato a la Presidencia Adolfo de la Huerta, quien estaba en competencia por el cargo con Plutarco Elías Calles. El 20 de junio de 1923, Villa y sus acompañantes fueron asesinados en una emboscada, en Hidalgo del Parral, por Jesús Salas Barraza (Musacchio, 1990. 210).

La madrugada (1970)

Juan Tovar (Puebla 1941 - Tepoztlán 2019)

Con el subtítulo: Corrido de la muerte y atroz asesinato del general Francisco Villa, esta obra se estrenó en 1979, dirigida por José Caballero, con el grupo Vámonos Recio del Centro Universitario de Teatro (CUT). Juan Tovar despliega este argumento desde la perspectiva de los asesinos, mostrándonos sus temores, conflictos, rencores, desistimientos y, finalmente, el furor y la saña con que acribillan al llamado Centauro del norte.

No cabe duda que Tovar recurrió a material documental para la escritura de esta obra; sin embargo, no

podemos decir que nos encontrarnos ante un texto dramático escrito según el modelo del teatro documento, o teatro crónica, porque, si bien los hechos corresponden a los históricos, solo sirven de referentes para ficcionalizar a los personajes concretos, reales, participantes en el asesinato de Villa, presentándolos como caracteres, a través de las discusiones sostenidas entre ellos, en las que se pone de manifiesto el discurrir de sus inquietudes y preocupaciones, mostradas y significadas ideológicamente por Tovar, desde su perspectiva, antes de perpetrar su delito. Razón por la cual, encontramos dos niveles en la estructura dramática: el histórico-documental, junto a las enseñanzas brechtianas del teatro épico, y otro, determinado por el corrido, por el relato y la lírica popular, modalidades que le permitirían al discurso de los personajes la riqueza lingüística, también en dos niveles: uno, el de la crónica en discursos monológicos de los autores intelectuales del crimen ordenado, según el decir popular, por el presidente Álvaro Obregón y por Calles; otro, el del habla de los campesinos; ya que Tovar llega al lirismo y recrea cadencias rítmicas en cada uno de los breves parlamentos de ellos, a partir de los diversos giros lingüísticos, refranes y metáforas de la lírica popular.

La casa de las paredes largas (1998)

Gabriel Contreras (1959)

En *La casa de las paredes largas*, el personaje, motivo de estudio, nunca está presente en escena, solo se hace alusión a él de manera humorística, una mera metáfora; situación propiciadora del pitorreo, de la chunga, sobre los protagonistas, por parte del autor.

Estrenada en 1998, por el grupo Mexicali a Secas, taller de teatro de la Universidad de Baja California, bajo la dirección de Ángel Norzagaray,³ en esta comedia delirante, Contreras relata de manera pretendidamente ingenua, a la manera del teatro tosco, algunos sucesos que giran alrededor del movimiento armado de la Revolución en el norte, y sobre algunos mitos alrededor de Pancho Villa, enlazados subrepticia, episódica y vertiginosamente con los sucesos del 68, por medio de una narración muy emparentada al *comic*.

El general Guadalupe Tovar es un espectro a caballo que viste un uniforme militar agujereado por las balas y con viejas manchas de sangre. No encuentra descanso para su alma desde que, enojado por el fracaso de su tienda, la ruina del pueblo y porque la Revolución fuera tan convenenciera que no llegara hasta él, salió a buscarla por su cuenta. Habló muy seriamente con los dos jóvenes que le ayudaban a llevar el tendajo, se nombró

3. Otro montaje, dirección de Enrique Mijares, tuvo una buena acogida ante el público de Durango y otorgó el primer lugar regional al grupo de actores de SARH en 1995.

general en breve y sustanciosa ceremonia, les dio overoles, pistolas, sacos, algo de comida y caballos, y partió con ellos con una sola idea en la cabeza: acabar con los norteamericanos y con sus más fieles cómplices, los carrancistas; anda en pos de Francisco Villa para unirse a sus tropas y pelear junto a él, pero nunca lo encuentra, siempre llega tarde a los campos de batalla, cuando estos han quedado cubiertos de cadáveres; entonces se da a la tarea de enterrar a los muertos; en cierta forma, su aportación histórica es de tipo higiénico y preventivo (Mijares, Los héroes, 2004. 21).

Un intento de análisis dramatúrgico de esta obra tendría que reproducir escena por escena, para mostrar lo anterior, al enfrentarnos a un texto dramático en el que, como lo plantea Mijares en la enumeración de las técnicas y recursos propios del realismo virtual, ya que en *La casa de las paredes largas* predomina la fragmentación, el collage, el palimpsesto; la multifocalidad, la deconstrucción, etcétera; es decir, todos los recursos atribuibles a la estética de la dramaturgia del hipertexto; además de las metáforas ideológicas y la parábola desarrollada por Contreras.

El teatro de Gabriel Contreras no da concesiones. No se arrodilla ante los prejuicios del lector para complacerlo y pedirle, como muchos, la limosna del éxito. No. En Contreras no hay anécdota fácil, ni tiempo cronológico, ni personajes sencillos o moralizantes, ni estructuras dramáticas para que los bobos las digieran a la primera.

Estamos ante un autor que respeta a sus lectores al grado de otorgarles dramas abiertos, rompecabezas cuyo resultado final corre por cuenta de quien está leyendo: el lector es cómplice del autor. Lo que arman entre los dos no es otra cosa que una metáfora cruel del México de nuestros días, el que viene de la Revolución y parece ir al vacío.

Gabriel Contreras es, de por sí, un experto de la fusión; combinar historia con mito, geografía regiomontana con horizonte planetario, pensamiento regional con mentalidad universal, suelen ser sus fórmulas predilectas. (Mijares, 2003. 26).

Pancho Villa y los niños de La Bola (2007)

Antonio Zúñiga (Balleza, Chih. 1965)

No resulta extraño que este personaje se nos presente como protagonista de una obra, supuestamente para público infantil, debido al amplio reconocimiento de esta figura histórico-mítica, que ha permitido una visión emblemática aglutinante de la gesta armada y, por tanto, fácilmente reconocible por cualquier connacional. *Pancho Villa y los niños de La Bola* proporciona una entrañable visión sobre el caudillo del norte, surgida a su vez del mito construido por las consejas y relatos populares.

Construida con toda la libertad que otorga el realismo virtual, en esta pequeña gran obra de Antonio Zúñiga, hay el ejercicio irrestricto de la simulación electrónica,

del hipertexto que se compone con fragmentos aparentemente imbricados por la argamasa de la casualidad; los tiempos confundidos, conjugados; el espacio infinito de la historia, las historias; los seres que aparecen de improviso al solo conjuro de la evocación [...] los personajes múltiples [...] *Pancho villa y los niños de La Bola*, una suerte de álbum de recuerdos en el que destaca esa estampa famosa del archivo Casasola que le ha dado varias veces vuelta al mundo y que muestra a una joven mujer parada en el estribo de un vagón de ferrocarril, los puños aferrados a los manillares, el rebozo componiendo una aureola de sombras a su hermoso rostro de ojos enormes, desorbitados, desmesurados, abiertos a un asombro que se parece al pánico y también a la esperanza (Mijares en Zúñiga, 2007. 80-81).

Zúñiga recupera al Pancho Villa de la leyenda, de los mitos y relatos patrimoniales, que aún se siguen escuchando en el norte del país; en particular en Durango y Chihuahua. El tiempo y el espacio de los personajes dramatúrgico-escénicos, ficcionalizados, le permiten construir esta fantasmagoría, al situar el encuentro de los personajes evocados en la memoria de un pasado aún presente, como es el de la remembranza sobre los hechos de la Revolución y del protagonista más evocado hasta el día de hoy: la figura de Villa. Sin embargo, tampoco nos encontramos frente a la estampa folclórica de las interpretaciones históricas más divulgadas

sobre el personaje de Pancho Villa, de acuerdo a lo que señala Mijares, con base en el historiador Katz.⁴

La leyenda blanca, basada en gran parte en los recuerdos del propio Villa, lo retrata como una víctima del sistema social y económico del México porfiriano, a quien las autoridades impidieron, a pesar de sus esfuerzos, llevar una vida tranquila y obediente a la ley. La leyenda negra lo describe como un malvado asesino, sin ninguna cualidad redentora. La leyenda épica, basada en buena medida en las canciones y tradiciones populares que, al parecer, surgieron sobre todo durante la revolución, pinta a Villa como una personalidad mucho más importante en el Chihuahua prerrevolucionario, que su propia versión o que la leyenda negra. Lo que las tres leyendas tienen en común es que no se basan en documentos contemporáneos, sino más bien en reminiscencias, canciones populares, rumores, memorias y testimonios de oídas. También tienen en común que ninguna de ellas es enteramente coherente consigo misma. (Mijares en Zúñiga, 2007. 74-75).

Zúñiga baja del caballo al personaje creado por la mitología oficial, descubriendonos un rasgo inédito de la personalidad del Centauro del Norte, la imagen de un hombre vulnerable, llano y temeroso ante lo ignoto, perturbado ante lo que le depara el destino. (Mijares en Zúñiga, 2007. 107).

4. *Apud Katz, F. Pancho Villa, t. 1*, título original de *The Life and Times of Pancho Villa*, Primera edición en español, Era, 1998, p. 16.

¿Herraduras al Centauro? (1995)

Enrique Mijares (Durango 1944)

De estirpe cinematográfica, el relato de *¿Herraduras al Centauro?* está constituido por tres partes: “Perro del mal”, “Vivo o muerto” y “Manos impunes”, que corresponden a tres períodos de la vida de Pancho Villa, y pueden considerarse autónomas o fragmentos de un relato sobre el protagonista.

Sobre esta trilogía escribió Víctor Hugo Rascón Banda:

En 1996, Jesús González Dávila y yo fuimos jurados del Premio Nacional de Dramaturgia de la Universidad Autónoma de Nuevo León. No tuvimos que discutir mucho, porque los dos propusimos como ganadora a la misma obra *Herraduras al Centauro*. ¿Es teatro o cine? Nos preguntábamos. ¿Quién será el autor de este texto desbordado, épico, con múltiples personajes, como teatro de masas, con acento del norte y una plasticidad propia de un muralista? Ah, pues, al abrir el sobre correspondiente, apareció el nombre de Enrique Mijares y un domicilio situado en Durango.

De estirpe cinematográfica, el relato dramático de Mijares atiende tres períodos de la vida de Pancho Villa, el Centauro del Norte.

En “Perro del mal” se nos presenta al protagonista en el inicio de su vida adulta como el abigeo llamado Doroteo Arango Quiñónez; posteriormente con el pseudónimo de Francisco Villa –adoptado de su abuelo

Jesús Villa–, hasta su encuentro con Madero, comprometiéndose a apoyar su causa revolucionaria.

En “Vivo o muerto”: el surgimiento de la División del Norte, la adhesión de Felipe Ángeles, la traición de Huerta, su desacuerdo con Carranza, la descomposición de su tropa y su asesinato el 20 de junio de 1923, ya retirado en amnistía, al no apoyar a Plutarco Elías Calles, sino a Adolfo de la Huerta, como candidato presidencial, sucesor de Obregón –al parecer por órdenes de este–.

“Manos impunes” se centra en el proceso jurídico después del asesinato, sin aclararse quiénes fueron los autores intelectuales de su muerte; el juicio de la historia sobre su personalidad, y el de él mismo, en su dualidad Arango-Villa.

De lo anterior puede colegirse que el asunto de la trilogía es la persona de Villa, de donde surge el sujeto de la acción dramática, y no los propios sucesos históricos, al solo cumplir estos la función dramática de referentes. Si bien Mijares presenta el devenir histórico de la lucha armada de la Revolución hasta el asesinato de su protagonista; de acuerdo a las fuentes consultadas, sirviendo estas solo de fondo histórico para desentrañar la ambivalente personalidad del caudillo mítico del norte. Para ello, Mijares recurre a los estudios de la nueva historiografía y su enfoque, como instrumentos para desentrañar este mito, convertido en símbolo en la actualidad, en emblema de las luchas populares nacionales, en ideologema⁵ convertido en

5. “0.1.1.2.

mitologema; incluso como figura ejemplar liberadora para los latinoamericanos.

La noción de texto como ideologema. [...] El ideologema es aquella función intertextual que puede leerse «materializada» a los distintos niveles de la estructura de cada texto, y que se extiende a lo largo de todo su trayecto, confiriéndole sus coordenadas históricas y sociales. (Kristeva 1982 15-16).

Así lo señala el investigador cinematográfico Aurelio de los Reyes en su prólogo a la obra.

Lo sobresaliente en el relato dramático de Mijares es, precisamente, la mitología bordada alrededor de este héroe justiciero: las leyendas, consejas, corridos; siendo estos los principales elementos de su constructo dramático.

Narratema, por otra parte, que ha servido para múltiples montajes, múltiples representaciones de su figura, su leyenda y su mito; como siempre ocurre, con un héroe, con un caudillo de raigambre popular; como lo sigue siendo Villa, cuya imagen es mostrada ya favorable, ya negativamente; y cuya verdad se encuentra muy alejada de una supuesta realidad.

Si bien Mijares recurre, paso a paso, al relato de los sucesos relacionados con la vida y milagros de este rebelde héroe revolucionario, solo los toma para construir la fábula del relato dramático, efectuando grandes elipsis en su narratividad. Para ello, Mijares expone la existencia de Arango-Villa a través de los labios de los involucrados, personajes históricos ficcionalizados,

al igual que los reales o literarios; por medio de la escenificación sucinta e instantánea de las múltiples y caleidoscópicas situaciones relevantes de la biografía del Centauro del Norte y de sus ‘Dorados’. Estructura dramática constitutiva de la fábula, narrada en un entramado puesto en cuadro; puesto en imagen, a la manera cinematográfica.

Lo anterior pone en claro que el dramaturgo no tiene para nada la intención de brindarnos un retrato realista –¿para qué?– del Centauro y de los personajes históricos involucrados; ni tampoco una representación fiel de los sucesos. Para ello, Mijares recurre primero al propio desdoblamiento del protagonista en un imperceptible monólogo interior concretizado por los personajes que lo rodean, llegando incluso a clonarlo en sus dos facetas psicológicas contradictorias: el bandolero roba vacas y el caudillo nacionalista y patriarcal; facetas puestas en crisis en sí mismas, para mostrarnos a un héroe psicosocialmente en conflicto consigo mismo (¿bipolaridad?).

Insistimos en que no se trata de un teatro histórico sobre los sucesos revolucionarios presentados; al no ser estos el sujeto de la acción dramática; ya que, como lo señala Aurelio de los Reyes, la intención del dramaturgo es la de rescatar “la figura de Villa, presentado aquí como una víctima de las circunstancias”. Intención determinante del hilo conductor del relato a través de las reflexiones y cavilaciones del propio Mijares, sobre las representaciones, mistificaciones y simulaciones efectuadas sobre el Centauro del Norte a todo lo largo de la historia sobre la Revolución. Narrativa, según

Mijares, constituida conscientemente por el protagonista mismo. En tanto, el objetivo del dramaturgo es el de desmitificar las consejas surgidas sobre su personaje, mediante el desmontaje de esa figura, de ese constructo psicosocial, mitificado por el pueblo, por una parte y, por otra, correspondiente al narratema de la historia oficial, como el propio Arango-Villa lo manifiesta, según palabras del dramaturgo:

Arango: De aquí pal real, general: ¡Estatuas y monumentos le van a sobrar! ¡Van a querer traficar hasta con su memoria!

Villa: Mi nombre les servirá de pretexto y escudo para todas sus maniobras políticas.

Arango: Héroe o bandido, según convenga. Y usted sin poder evitarlo, mi general. Traído y llevado, como quien dice. Ay usted verá. (Mijares, 1997. 108).

Además de las elipsis y anacronismos en el relato, no olvidemos la línea desarrollada por la acción dramática, correspondiente al juicio propuesto por Mijares. Juicio puesto de manifiesto a través del discurso de todos los personajes, para contarnos, por una parte, la visión de la historia sobre los sucesos en cuestión y, por otra, la del dramaturgo desde su posición ideológica, puesta de manifiesto en los labios de sus personajes-razonadores y patentizada a todo lo largo del texto dramático.

Muestra de ello es la escena “Oigan, señores, el tren, qué lejos me está llevando”⁶ en la que Mijares nos brinda la visión apocalíptica de la pesadilla de Villa, una crisis de conciencia, logrando el autor sintetizar la personalidad total de su protagonista. Si bien el personaje, sin ser una presencia documental ni realista (como repetidas veces lo hemos señalado aquí), tampoco se convierte en la máscara social brechtiana; sin que esto signifique que Mijares renuncie a muchos de los recursos dramático escénicos de los modelos de acción dramática no aristotélicos, conducentes a lo denominado por él ‘realismo virtual’, considerado por algunos investigadores teatrales, como características escénico-dramatúrgicas propias del hipertexto.

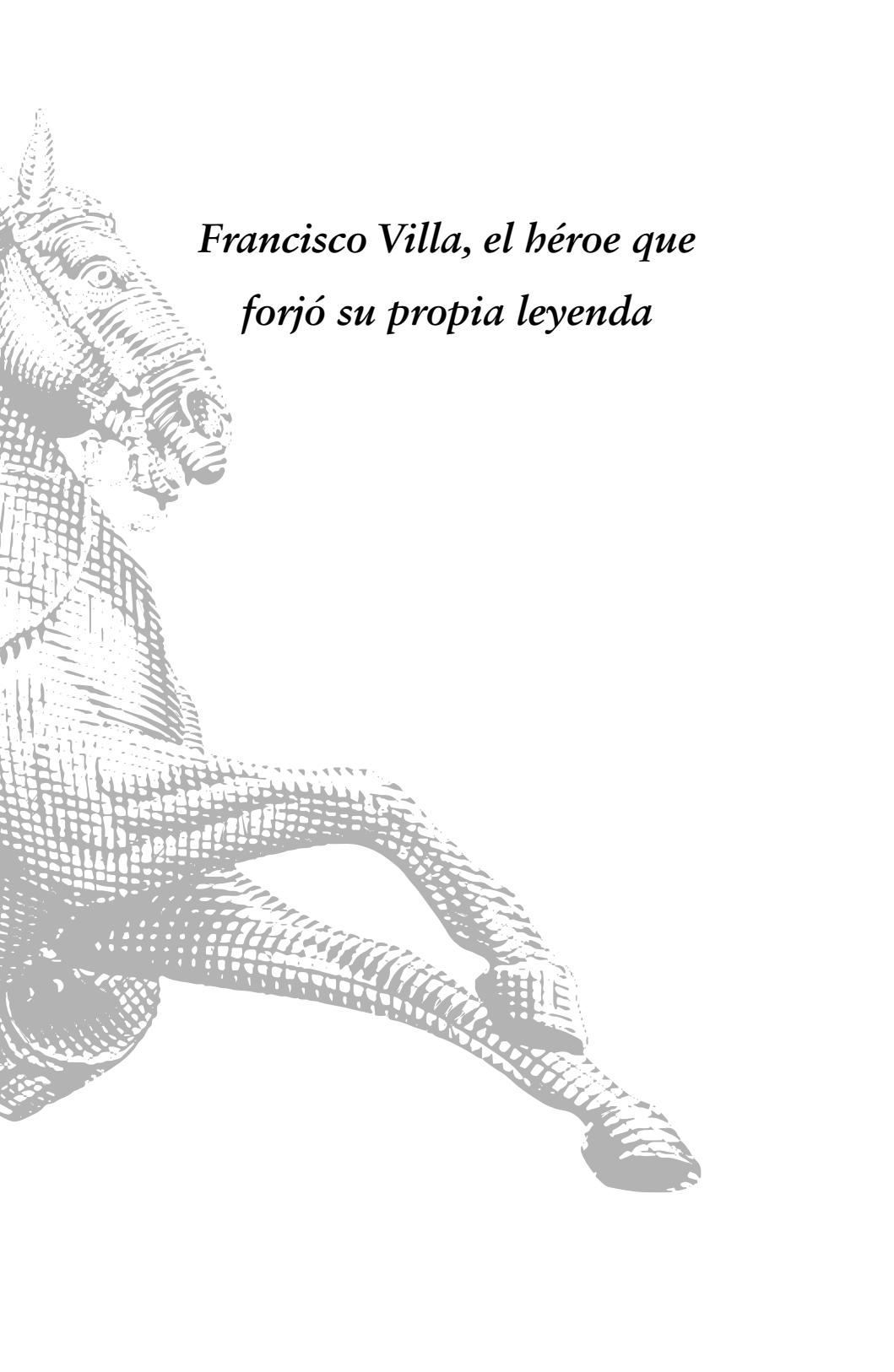
Armando Partida Tayzan

COLEGIO DE LITERATURA DRAMÁTICA

Y TEATRO. UNAM

6. Canción-corrido muy divulgado en la tradición de la música popular nor-teña desde la época de la Revolución.





*Francisco Villa, el héroe que
forjó su propia leyenda*

Cualquier intento de aproximación biográfica a Francisco Villa ha de toparse ineludiblemente con la estructura irradiante de la leyenda. Sus señas de identidad hunden de tal manera las raíces en los pantanos de lo popular, inclusive de lo folclórico, que no solo los primeros años de su vida, su existencia toda se encuentra nimbada por el misterio, dado el carácter fabulador del personaje en cuestión, ese cíclope mitificado, quien, en numerosas ocasiones, atizó el fuego de la especulación, llegando incluso a ‘actuar’ sus batallas para la cámara de cine, esto es, forzó la realidad para que en ella cupiera la polisemia de una vida cuyo contexto es la incertidumbre y está jalona da por lo inasible.

Las memorias dictadas por él a su primer taquigrafo, Miguel Trillo, no merecían ciega credibilidad, porque pasaron por manos de Manuel Bauche Alcalde, después fueron rescritas y editadas por Martín Luis Guzmán para ser incorporadas en *Memorias de Pancho Villa* y hay que añadir una lista casi interminable de personas que aseguran haber tenido a la vista y basado sus escritos en dicha autobiografía: Ramón Puente, Regino Hernández Llergo, Federico Cervantes, Nellie Campobello, Elías Torres, etcétera.

A todas esas intervenciones, ediciones o manipulaciones había que añadir la animadversión que abrigaban contra él no únicamente los personajes de la Revolución, cuya ideología o activismo político no congeniaban con la del Centauro, sino, asimismo, las víctimas directas de las acciones de decomiso que ejecutaron los dorados contra los latifundistas, los Terrazas y los Creel en particular, con fines de avituallamiento

de la División del Norte; animadversión que, multiplicada a la enorme potencia por afinidad de clase alta que se siente amenazada, se extendió como una cauda de desprestigio a lo largo de su existencia y mantiene vivas las secuelas hasta nuestros días.

A manera de contraste, señalo, entre paréntesis, la actividad similar, solo que esta vez en calidad de despojo indiscriminado, que realizó el ejército carrancista, obligando a sufragar los gastos y alimentación de sus campañas a la sociedad civil asentada en los poblados por los que iban pasando. Verdaderos actos delictivos que sirvieron de base para acuñar el término *carrancear* en el sentido de atraco, latrocinio, abuso y violencia que persiste hasta nuestros días. Y si a estos excesos sumamos que las fuerzas carrancistas tenían como bandera la calavera pirata y por lema “hasta el exterminio total”, nos daremos cuenta de hasta qué punto resulta insostenible dar crédito a la versión de los vencedores, quienes, como siempre sucede, relataron la historia a su conveniencia, exaltando a Carranza al rango de visionario constitucionalista, en tanto que relegaron al Centauro, dado que había perdido la Revolución, a los sótanos de la villanía, el analfabetismo, la cerrazón y la criminalidad despiadada.

Ese ha sido siempre el juego de los vencedores que en cuanto se instalan en el poder empiezan a construir su permanencia desde la hegemonía y por supuesto, cuentan con la complicidad de los epígonos, los arribistas, los acomodaticios que sin asomo de pudor editan la historia con tal de legitimar la versión de los vencidos.

A ese respecto, además de cotejar con los partes militares del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, y con el fin de expurgar, redimir, completar y autentificar las memorias de Francisco Villa 1894-1914, haciendo acopio para ello de numerosas referencias e iluminadores pies de página, Guadalupe Villa y Rosa Helia Villa se preocupan por evidenciar las tergiversaciones, mutilaciones y ocultamientos en algunos casos, que han perpetrado ciertos personajes a lo largo de la historia, con tal de hacer coincidir, con sus aviesos propósitos políticos, sus versiones. Aludo en especial la contundencia con que las investigadoras detectan la modificación del lenguaje y las páginas que Martín Luis Guzmán escamotea al manuscrito original con tal de no reconocer su traición a Villa y en cambio conseguir el favor de la administración carrancista.

Tal labor de zapa se extiende hasta el presente cuando, por ejemplo, Héctor Aguilar Camín publica un artículo que titula “Cuentos de la Revolución”, en donde, entre otras aseveraciones, dice:

De la Revolución Mexicana [...] han salido algunos de los cuentos más difíciles de erradicar de la conciencia pública. Por ejemplo, que su espíritu está mejor representado por quienes la perdieron, Zapata y Villa, que por quienes la ganaron: Carranza, Obregón y Calles. [...] El problema de consagrarse a los derrotados en vez de a los triunfadores es que instala en la conciencia pública un sentimiento de inconformidad, si no es que de resentimiento, con los hechos reales de nuestra historia. [...] Hay que llamar tiranos a los españoles y edad oscura

a la Colonia, donde se forjó la nación. Hay que llamar padre de la Independencia a un sacerdote que fracasó en su lucha independentista y hay que llamar usurpador al militar que tuvo éxito en ella y que es su verdadero artífice: Agustín de Iturbide. [...] La Revolución Mexicana se celebra el 20 de noviembre, día en que no sucedió auténticamente nada. Es una de las fechas menos heroicas de todo aquel hecho histórico, porque ese día con hora precisa, Madero convocó a la rebelión y nadie se rebeló. (Milenio, 19 de noviembre 2008).

Tal es la anfibología, el eufemismo que surge cuando se trata de poner al mundo en perspectiva, desde una lente binaria, maniquea.

Construida, con amor, sí, pero con absoluto rigor académico, la edición preparada por Guadalupe y Rosa Helia Villa, nos brinda la oportunidad de leer, de primera mano, las propias palabras de Francisco Villa, el héroe que forjó su propia leyenda, que tuvo el buen tino de redactar sus memorias como quien escribe su Hoja de Vida, como quien elabora y reelabora su currículum una y otra vez y que, por supuesto, carga las tintas y enfatiza aquello que considera habrá de servir para acrecentar el impacto y robustecer su perfil, en este caso, ante la historia:

Que se conozca mi historia, toda mi historia, con todos sus sufrimientos, con todas sus luchas, con todas sus miserias; con toda la sangre que me vi forzado a derramar, con todas las injusticias que me vi precisado a combatir;

con todas las agresiones que me vi compelido a repeler y todas las infamias que hube de castigar.

La edición que Guadalupe y Rosa Helia han preparado, no únicamente consigna el dictado que hizo el general a Miguel Trillo y que este pasó luego a Manuel Bauche Alcalde, sino que abunda en fuentes testimoniales que, a lo largo de su vida, el Centauro fue esparciendo aquí y allá, hasta configurar con esas páginas, algunas de las cuales se habían publicado de manera fragmentaria, y con las distintas versiones de los dos mencionados, así como las de Ramón Puente, Nellie Campobello, Elías Torres, Martín Luis Guzmán, Federico Cervantes, entre otros testimonios; y tras un exhaustivo cotejar y depurar el material en atención a los partes militares del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, conseguir configurar el extenso, el minucioso retrato autobiográfico que, sin duda, constituye una cantera inapreciable para que la leyenda del héroe continúe, se expanda y obsequie sus frutos tanto a las generaciones presentes como a las venideras.

Al tratar de sistematizar un mito que a través del tiempo ha sido edificado tanto por amigos como por enemigos, un mito que se extiende y desparrama de manera exorbitante, el historiador Katz reúne las distintas versiones alrededor de Villa en tres grandes grupos a los que llama la leyenda blanca, la leyenda negra y la leyenda épica:

La leyenda blanca, basada en gran parte en los recuerdos del propio Villa, lo retrata como una víctima del sistema social y económico del México porfiriano, a quien las autoridades impidieron, a pesar de sus esfuerzos, llevar una vida tranquila y obediente de la ley. La leyenda negra lo describe como un malvado asesino, sin ninguna cualidad redentora. La leyenda épica, basada en buena medida en las canciones y tradiciones populares que al parecer surgieron sobre todo durante la revolución, pinta a Villa como una personalidad mucho más importante en el Chihuahua pre revolucionario que su propia versión o que la leyenda negra. Lo que las tres leyendas tienen en común es que no se basan en documentos contemporáneos, sino más bien en reminiscencias, canciones populares, rumores, memorias y testimonios de oídas. También tienen en común que ninguna de ellas es enteramente coherente consigo misma.⁷

En el aspecto épico, frente a las descalificaciones oficiales que durante mucho tiempo le impidieron figurar con letras de oro en los muros del Congreso y que aun hoy escatiman su nombre a algunas calles y avenidas o a ciertas estatuas ecuestres, cabe destacar los testimonios, cantos y relatos populares heredados de la tradición oral que glorifican sus hazañas, reales o inventadas, y glorifican su generosidad, su intuición para fortalecer la educación y para gobernar Chihuahua con inusitado tino social. Pertenece a ese espíritu mítico el

7. KATZ, F., *Pancho Villa*, t. 1, título original *The Life and Times of Pancho Villa*. Primera edición en español, Era, 1998, p. 16.

calificativo de Robin Hood mexicano, capaz incluso de abrir una carnicería para distribuir entre los pobres la carne producto del ganado que robaba a los ricos, que le atribuyó en su momento el presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson.

Lejos de pretender encasillar a Villa o querer endilgarle una etiqueta, cosa que implicaría asumir cualquiera de las parcelarias versiones enunciadas, opto por respetar la complejidad del personaje. A mi formación teatral, fenómeno de adición por excelencia, se aúna mi firme convicción en las verdades individuales y las historias particulares. Antes que asumir la Verdad con mayúscula o la Historia oficial respecto al personaje; prefiero multifocalizarlo, considerarlo tanto la suma de atributos personales y cualidades ínsitas, como la inclusión de referencias e interpretaciones del contexto sociocultural.

Veo a Francisco Villa compuesto por multitud de características contradictorias, aunque igualmente verosímiles, plausibles, posibles: Defensor y vengador de la honra familiar, forajido y buen ladrón, revolucionario y guerrillero, aliado fiel y enemigo acérrimo, asesino multitudinario y ángel justiciero, condenado a morir y salvado del fusilamiento, preso y evadido, proscrito y garante de la ley, insurrecto y gobernante benefactor, iletrado y educador, derrotado y victorioso, vecino solidario y feroz invasor de Estados Unidos, opositor perseguido y dirigente nacional, defensor agrario y hacedor, pacífico terrateniente y conspirador contra el sistema, débil lagrimoso y temerario iracundo, hábil estratega e ingenuo emboscado, víctima del odio

doméstico y víctima del poder político, muerto escarnecido y memoria histórica viva, cadáver mutilado y héroe nacional. Todo junto, mezcla y fusión, aleph, fractal, centauro, sí, estirpe mitológica en el cenit y en el abismo del Parnaso revolucionario mexicano. Un hombre que, en una década de fidelidad a la Revolución, llegó a la cumbre de su deslumbrante carrera. Un ser humano acribillado y decapitado por manos impunes. Un héroe que cayó de repente en una fosa. Odiado por los ricos y querido por los pobres.

Originario de la Coyotada, muy joven se vio envuelto en un crimen menor al defender la honra de su familia. Perseguido por la ley se hizo gavillero, abigeo, asesino. Fue minero, albañil, carnicero. Residió en Durango capital, luego en Chihuahua, donde se hizo construir un monumento funerario que nunca ocupó. Vivió un tiempo en Parral. Su amplio campo de acción, tanto fuera de la ley, que como militar y guerrillero, fue la sierra y el desierto del Norte. Decía que, al trazar en los mapas una línea imaginaria a la altura de Zacatecas, arriba podía reconocerse el vasto territorio villista. Invitado por Abraham González como él dice, o por oportunismo, como asegura Celia Herrera, Villa peleó al lado de Pascual Orozco, abrazó la causa de Madero, de Carranza, de Obregón. Condenado a muerte por Calles, se salvó de ser fusilado en el último momento. Varias veces encarcelado, siempre logró evadirse con ingenio, en una ocasión vestido de mujer. Llegó al rango de general y encabezó la invencible División del Norte. Gobernó el estado grande: Chihuahua. Felipe Ángeles fue su amigo y asesor. Al frente de sus dorados

avanzó sobre el centro, entró en la capital del país y compartió con Emiliano Zapata, por unos momentos, la silla presidencial de la república. Invadió por sorpresa Columbus. Replegado gradualmente su ejército, él quedó, virtualmente aislado, confinado, a punto de ser vencido, en las montañas chihuahuenses. Amnistiado, se recluyó en la hacienda de Canutillo que le fue otorgada en propiedad. Acosado por las enemistades personales y temido por los poderosos, quienes seguían atribuyéndole capacidad para conspirar y alzarse contra el régimen en cualquier momento, salió airoso de numerosas emboscadas, y finalmente sucumbió en la trampa que le tendieron Melitón Lozoya, administrador de Canutillo cuando era propiedad de los Jurado, y Jesús Salas Barraza, diputado local de Durango, quien asumió el papel de responsable confeso, único encarcelado y a los dos meses indultado bajo el cargo de asesino solitario, en un complot de carácter político en el que estuvieron involucrados los entonces gobernadores de Durango y Chihuahua, Castro y Enríquez, así como las excelsas figuras nacionales Obregón y Calles:

Por una parte, el asesinato era más del estilo de Obregón. Aunque Calles era secretario de Gobernación y, por tanto, tenía autoridad sobre la policía, no poseía ninguna sobre el ejército, que estuvo claramente implicado y quedaba dentro de la esfera de influencia de Obregón. Por otra parte, Calles, que era el candidato oficial a la presidencia, tal vez tenía más que ganar con el asesinato,

por lo que la mayoría de los observadores extranjeros sospecharon de ambos.⁸

Es este personaje multifacético, irradiante, polisémico, el mismo que recoge John Reed en *México Insurgente*, cuya voz, a modo de lección patriótica, resuena en torno a las fogatas para que la escuchen los peones y los campesinos. El mismo que a diario se alza ante nuestros ojos asombrados como figura legendaria, continuamente frecuentada por la literatura, las artes plásticas, el cinematógrafo y, por supuesto, el teatro:

Federico Shroeder Inclán, en *Doroteo*, muestra a Villa guarecido en una cueva, delirante a causa de una herida de bala en la pierna, viendo desde su escondite a los soldados estadounidenses que lo buscan en vano, esperando superar la infección y recuperarse para volver a luchar con su gente.

Juan Tovar, recrea en *La madrugada* la maquinación que urden Melitón Lozoya y Jesús Salas Barraza para matar a Villa.

Ernesto García despliega en *El Centauro* (Premio Libro Sonorense 1995), con acierto y bajo la óptica del presente, una parodia en la que los personajes multiplican sus caracterizaciones a fin de tejer una estructura de varias perspectivas temporales y diversas apreciaciones interpretativas en obsequio del espectador, quien de esta manera se encuentra con elementos suficientes para intentar dar forma y contenido a su opinión particular.

8. KATZ, ob. cit. t. 2, pp. 382-3. Consultar todo el apartado *Los asesinos*, pp. 371-383.

Antonio Zúñiga, sin tomar partido ni enjuiciar y mucho menos clasificar de forma maniquea al personaje histórico, antes bien, mediante un planteamiento abierto, plural e incluyente, recurre, en *Pancho Villa y los niños de La Bola*, al imaginario fotográfico, para acercarnos daguerrotipos elocuentes de ese movimiento armado llamado Revolución Mexicana, coloquialmente conocido como La Bola. Se trata de momentos en que la explosión de magnesio capta a Villa suspendido en el relincho de su cabalgadura; o congelado en el momento en que, hábil cuenta cuentos, instalado en el dormitorio del orfanato que él mismo ha fundado, mientras los niños lo miran asustados desde el embozo de las sábanas, trata de romper el silencio y la tristeza del pequeño José León, relatándole la confusión que se armó cuando todos lo dieron por muerto, incluso él llegó a creerlo, solo para enterarse más tarde de que en realidad se trataba de un perro al que de cariño mentaban El General y al que un carro de mulas había atropellado; o entrando a Parral al frente de sus tropas, mientras la banda del pueblo toca una diana y los niños lo reciben con vítores; o dando la orden de fusilar a algunos en caliente, es decir sin juicio, sin saber a veces sus nombres o el delito del que se les acusaba, frente a la barda de adobe de cualquier casa que les servía de paredón; o pesaroso porque hubiera niños jugando en las calles mientras las banquetas estaban regadas de cadáveres.

No puedo menos que asociar esta intención reflexiva con las páginas de *Cartucho*, con esa perspectiva espeluznantemente ingenua de la niña Nellie Campobello viendo pasar

el torbellino de sangre y el estruendo de las detonaciones, a través de la ventana de la calle segunda del Rayo, en Parral Chihuahua.

Enrique Mijares

UNIVERSIDAD JUÁREZ
DEL ESTADO DE DURANGO

Bibliografía consultada

- ALONSO CORTÉS, R., *Francisco Villa, el quinto jinete del Apocalipsis*, 3^a. Impresión, Diana, México, 1975.
- BLANCO MOHENO, ROBERTO. *Pancho Villa que es su padre*, 8^a. Impresión, Diana, México, 1978.
- CAMPOBELLO, NELLIE. *Cartucho, relatos de la lucha en el Norte*, en *La novela de la Revolución mexicana*, t. II, SEP Aguilar, México, 1988, pp. 927-968.
- CEJA REYES, V., *Yo maté a Villa*, Populibros La Prensa, México, 1960.
- *Francisco Villa el hombre*, 2^a. Edición, Centro librero La Prensa, Chihuahua, México, 1987.
- CORRAL VIUDA DE VILLA, LUZ. *Pancho Villa en la intimidad*, México, 1948.
- GÓMEZ, MARTE. R. *Pancho Villa*, 1^a. Edición en Lecturas Mexicanas, FCE, México, 1985.
- GUZMÁN, MARTÍN LUIS. *El águila y la serpiente*, en *La novela de la Revolución mexicana*, t. I, SEP Aguilar, México, 1988, pp. 296-424.
- HERRERA, CELIA. *Francisco Villa ante la historia*, 3^a. Edición, Costa-Amic, México, 1981.
- KATZ, F., *Pancho Villa*, 2 t., título original *The Life and Times of Pancho Villa*. Primera edición en español, Era, México, 1998.
- KRAUZE, ENRIQUE. *Francisco Villa entre el ángel y el fierro*, 3^a. Reimpresión, FCE, México, 1992.
- OSORIO, R., *Pancho Villa, ese desconocido*, Chihuahua, México, 1991.
- REYES, AURELIO, DE LOS. *Con Villa en México, testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución 1911-1916*, 1^a. Reimpresión, UNAM, México, 1992.

TOUSSANT ARAGÓN, E., *Quién y cómo fue Pancho Villa*, 3^a. Impresión, Editorial Universo, México, 1981.

TOVAR, JUAN. *La madrugada, corrido de la muerte y atroz asesinato del General Francisco Villa*, en *La madrugada, El destierro, Las adoraciones*, UAM, México, 1981, pp. 7-43.

ZÚÑIGA, ANTONIO. *Chihuahua para niños*, ICHICULT, 2007, *Pancho Villa y los niños de la Bola*, pp. 83-118

¿HERRADURAS AL CENTAURO?⁹

9. Premio Nacional de dramaturgia 1995, Universidad Autónoma de Nuevo León.



PERRO DEL MAL

Primeros llantos

Un fuerte viento en el desierto. Los matorrales rodantes, esas esferas de ramas secas y espinosas, de gobernadora o de otro arbusto cualquiera de la región árida, dan la impresión de volar sobre las dunas. La tolvanera no parece amainar nunca. Luego de un rato, surge de la arena donde estaba prácticamente sepultado, el joven Doroteo Arango. Se pone de pie con dificultad. Al resbalar por su cuerpo, el denso polvo forma una nube amniótica en torno a su figura. Dando siempre la espalda al viento, el muchacho logra atar a su cuello y a su cintura el sarape que le servía de protección mientras estuvo enterrado. Con la espalda encorvada y tapada con el sarape, semeja una suerte de escarabajo polvoriento. Después de asegurar férreamente el barbiquejo del sombrero a su mentón, Doroteo comienza a hablar a gritos para superar el zumbido de la ventolera y el terregal, dirigiéndose hacia sus acompañantes que siguen enterrados en las dunas.

DOROTEO: ¡Levántense, huevudos! ¡Falta poco para que se apacigüe el polvo! ¡Me lo dicen los huesos! ¡Enderézate, Refugio Alvarado! ¡Sal de tu guarida, Nacho Parra! ¡Sacúdete el polvo, Tomás Urbina!

Se acerca y golpea con la punta de la bota a sendos bultos en el arenal. Leves movimientos denotan que hay personas guarecidas allí.

¡Ya merito se calma la tormenta! ¡Si nos vamos ahorita, podemos sacarles más ventaja! ¡Y

ni cuándo nos alcancen...! ¡Mi madre siempre le hizo caso a sus coyunturas! ¡Sabía cuándo iba a llover o cuándo iba a nevar!

¡Ya mero deja de soplar la polvareda! ¡Büllete, Sabás Martínez!

Se acerca a varias ondulaciones en el terreno arenoso y la emprende a palmadas para despertar a sus compañeros. Hay un reacomodo de cuerpos bajo la tierra, pero ninguno se levanta.

¡Vámonos recio, José Beltrán! ¡Levántate y anda, Luis Orozco! ¿Qué esperas para ponerte en camino, Rosendo Gallardo? ¡Si nos agarran, por lo menos nos fusilan! Pero, si llegamos a la sierra antes que ellos... sssh, ¡nomás nos pelan los dientes! ¡La gente de campo sobrevive porque conoce todos los secretos de la tierra! ¡En cambio, esos pistoleros de ciudad de seguro se dejaron sorprender por el terregal creyendo que se trataba de un simple remolino! (*Ríe a carcajadas*): ¡A estas horas ya han de estar tiesos! ¡Ajogados por el peso de su cuerpo! ¡Qué van a saber que tiene uno que taparse con una cobija el cuerpo entero! ¡Y que debe dejar un agujero para resollar!

Repite los puntapiés y las palmadas en otros lugares del promontorio, con parecidos nulos resultados.

¿Qué esperan pues, taimados? ¡Muévanse... que nos madrigan!

Cesa súbitamente la tolvanera. Sobreviene una calma sepulcral.

(Feliz): ¡Ya chingamos! ¡Se aplacó el polvaderón! ¡Se los dije, pelaos! ¡Apúrense a largarnos de aquí! ¿Qué no ven que ya vienen detrás de nosotros los gendarmes?

Va descubriendo, uno por uno, los cuerpos de los anteriormente nombrados. Se da cuenta que todos están muertos. Las dunas, removidas por Doroteo, quedan convertidas en un campo rendido después de la batalla.

(En susurro): ¡Un agujero para resollar! ¡Pero no contra la corriente, tarugos, sino con el mismo rumbo del viento!

Comienza a llorar en silencio. Luego de mirarlos atónito durante un rato, como cumpliendo un ritual fraternal, extiende uno por uno los cuerpos yertos, la cabeza hacia el norte y los pies hacia el sur, y les coloca los sarapes encima, cubriendo desde el pecho hacia abajo y dejándoles destapados los brazos abiertos y la cara viendo al cielo. Se escucha un coro de voces, no se distingue si son los muertos quienes hablan o los murmullos del viento.

CORO: Nosotros sabemos matar, jovencito. Sabemos robar. Eso es lo que sabemos nomás. Se lo advertimos para que no se asuste, Doroteo Arango. Se lo decimos para que, si quiere, se junte con nosotros. Quien quite y se le haga menos pesada la existencia. Quien quite y se vuelva hombre.

Doroteo se enjuga las lágrimas con el dorso del puño, se cala el sombrero y mira de frente al destino.

DOROTEO: ¡A mis amigos se los tragó el desierto! ¡A todos! ¡La tierra no me dejó ninguno! *Se sacude vigorosamente la ropa, hasta quedar envuelto en una espesa nube de polvo.*

Ley fuga

Cuando Doroteo despierta del sueño polvoriento, está engrillado, formando parte de una cuerda de prisioneros que cruza el desierto rumbo a la cárcel, donde será fusilado, si no es que antes le aplican la ley fuga. Dos policías rurales conducen la cuerda. Doroteo conversa con uno de quienes comparten su suerte.

DOROTEO (Irónico): ¡Es la sombra de los López Negrete la que me persigue! ¡No me perdonan que balaceara al que se propasó con mi hermana!

PRISIONERO: ¡Adió, ni que lo hubieras matado!

DOROTEO: ¡Le lastimé una zanca! ¡Fue todo! ¡A estas alturas ya andará curado!

PRISIONERO: ¡Los ricos nunca perdonan! ¡Creen que por ser los patrones son dueños de nuestras vidas!

DOROTEO: ¡Y como no tienen nada mejor que hacer con el dinero, pues... me cuchilean a la policía!

PRISIONERO: ¡Ni que fueras un perro del mal!

DOROTEO: ¡Los gendarmes no me dejan ni a sol ni a sombra!

RURAL UNO: ¡Párense allí!

PRISIONERO: ¡Abuzado, Arango, estos nos van a querer dar nuestra ‘agüita’!

Han llegado cerca de un aguaje. Los rurales se mojan la cara, la frente, la nuca, y beben. Luego se acercan a los de la cuerda, los liberan de los grilletes y sin quitar la sonrisa de los labios, con el dedo puesto en el gatillo, los invitan a refrescarse.

RURAL UNO: ¿Qué? ¿No tienen sed?

PRISIONERO: Pues... la mera verdad sí... jefecito...

Los rurales sacan el bastimento del aparejo y comienzan a comer.

DOROTEO: ¡Traemos la garganta seca y andamos medio muertos de hambre! ¿Qué no nos ve?

RURAL UNO: Entonces... ¿qué esperan?

RURAL DOS (*Masticando con deleite su comida*): Gordas no hay para todos, ni frijoles... ¡Pero el agua sobra!

Los presos, felices por un momento, se abalanzan y se dan baños de zanate. Menos Doroteo, que no se ha movido y trata de mantener en su sitio los grilletes, como si ello le diera alguna garantía.

RURAL UNO: Oye, muchacho, ¿qué no tienes sed?

DOROTEO: ¿Piensa matarme?

RURAL UNO: ¿Cómo crees? No te voy a hacer nada. Anda, bebe con confianza. Y, mira, ten, para que engañes el hambre.

Le da una tortilla, Doroteo la devora, yendo luego a beber al aguaje con sus compañeros, quienes continúan el recreo bucólico. De pronto, el rural apunta y dispara su rifle hacia el grupo. Un preso queda muerto en el suelo. Es el que platicaba con Doroteo. Los presos, sorprendidos

y temerosos, quedan rodeando el cadáver. Doroteo se inclina junto a su amigo. Los rurales chichean entre sí, sin que los demás los oigan.

RURAL DOS: Teníamos órdenes de acabar con el más muchacho.

RURAL UNO: Me dio lástima... tan morrillo y con tan mala suerte...

RURAL DOS: A ver con qué cuentas le sales a la superioridad.

RURAL UNO: Me falló el pulso, ¿qué más?

RURAL DOS: Está difícil que te crean. Conocen tu buena puntería.

RURAL UNO: ¿Y quién me va a desmentir? ¿Tú...? ¿O estos...?

Los presos se apresuran a volver a ocupar su lugar en la cuerda; ellos mismos se ajustan los grilletes a las manos. Doroteo, lleno de rabia, se levanta de junto al cadáver y se enfrenta al rural que hizo los disparos.

DOROTEO: ¡Usted dijo que bebiéramos confiados...!

RURAL UNO: ¡Tuve que escoger entre él y tú!

RURAL DOS: ¡El albur le tocó a él!

RURAL UNO: A menos que quieras hacerle compañía.

RURAL DOS (Corta cartucho): ¡Todavía podemos emparejarlos!

Por respuesta, Doroteo regresa sobre sus pasos, se echa el cadáver a la espalda y va a ocupar su lugar en la cuerda. Los rurales le ajustan los grilletes a las muñecas.

RURAL DOS: ¡Fuímonos yendo!

RURAL UNO: ¡Apúrenle! Todavía falta mucho camino hasta la cárcel de Durango.

La cuerda se pone en marcha y pronto se pierde en el horizonte.

Carne de presidio

Ruinosa crujía en la cárcel. Los presos, aletargados por el aislamiento y el calor, están tumbados en el piso. Doroteo, de pie, estira el cuello hacia la ventana, como si quisiera, por lo menos, divisar desde lejos la libertad que tanto le hace falta. El guardia los escucha desde la reja.

DOROTEO: En el pleito, le arrebaté la pistola del cinto y le disparé dos plomazos.

PRESO UNO: ¡¿A bocajarro?!

PRESO DOS: ¡Él se lo buscó, por hacerte cuñado a la brava!

PRESO UNO: ¿Y lo quebraste?

DOROTEO: Eso pensé yo cuando lo vi caer al suelo sin sentido. Y sin más ni más, me fui del rancho.

PRESO UNO: La justicia no nos asiste a los pobres.

PRESO DOS: Es como muchas mujeres, nomás para los que tienen con qué comprarlas.

DOROTEO: El cobarde recibió los plomos en la pata. Sin consecuencias que lamentar.

PRESO UNO: ¿Por qué te persiguen entonces?

PRESO DOS: ¡Habían de dejarte en paz, ni que fueras un perro del mal!

DOROTEO: Las cosas se complicaron...

Divertido, el guardia ve la oportunidad de intervenir en la plática. Es, evidentemente, una historia que él ha oído varias veces.

GUARDIA: ¡Cuéntales del hombre al que le robaste un burro con bastimento!

DOROTEO: Yo había caminado durante varios días, sin rumbo, casi sin comer, bebiendo agua sucia y escondiéndome...

GUARDIA: Cuando este lo vio...

DOROTEO: Me acerqué a pedirle de comer, a suplicarle... pero se enfureció... Y no tuve más remedio que amenazarlo con la pistola que le había quitado al hijo del patrón...

GUARDIA (*Divertido*): El hombre se olvidó del burro y echó a correr.

PRESO: ¡Y se acabaron tus penas por un buen rato!

DOROTEO: Pude calmar mi apetito, sí, pero...

GUARDIA: ¡El dueño del burro lo denunció como ladrón!

DOROTEO: Y al poco tiempo me agarraron prisionero.

GUARDIA: ¡Por las heridas del hacendado y por el robo del burro! ¡Y no paró allí la cosa!

DOROTEO: ¡Me les escapé a los rurales!

GUARDIA: ¡Con engaños! (*Ríe*) ¡Los convidó a comerse unos elotitos asados!

DOROTEO: ¡Se descuidaron...! ¡Y me les pelé!

PRESO UNO: ¡Pero te volvieron a enchiquerar!

DOROTEO: ¿Y apoco estoy manco para pudrirme entre cuatro paredes?

GUARDIA: En cuanto tuvo oportunidad, le dio a uno de los guardias con una mano de metate.

DOROTEO: ¡Y me fui para la sierra!

PRESO DOS: ¡A repetir sus fechorías!

DOROTEO: ¡Mientras no me dejen en paz...!

PRESO UNO: ¡Hasta que caíste de vuelta!

GUARDIA (*Le complace enumerar los delitos del otro*):

Por matar a un caporal que no lo dejó atravesar un potrero... Por asalto en despoblado... Por quitarle a un hacendado su caballo fino... Por robarse unas vacas...

DOROTEO: Varias veces he querido alejarme de esta vida de delitos y peligros, pero no dejan de perseguirme.

PRESO DOS: Tal parece que los pobres no tenemos de recho a vivir en paz.

DOROTEO: Curtí cueros en Parral; estuve de albañil en Durango, puse una carnicería en Chihuahua...

PRESO UNO: Y los gendarmes siempre te apartan del camino honrado.

DOROTEO: Nunca falta quién lo denuncie a uno...

GUARDIA: Y los cargos se van acumulando, ¿verdad, muchachito? Cuatro homicidios, uno de ellos por la espalda. Diez incendios premeditados. Un demonial de robos y varios secuestros en ranchos y haciendas ganaderas.

DOROTEO: ¡No alcanzo a pagar ni con dos vidas de prisión!

PRESO UNO: ¡Por eso te van a fusilar!

PRESO DOS: ¡Falta poco para que te arrimen al paredón!

DOROTEO: ¡Ni a rastras me llevan esos hijos!

GUARDIA: ¡De esta no hay quien te salve, Doroteo Arango!

DOROTEO: Yo que usted no estaría tan seguro.

GUARDIA: Nos echamos una apuesta, si quieres...

DOROTEO: ¿Cuánto piensa perder?

Conducida por otro guardia, llega una joven bonita.

GUARDIA 2: ¡Aquí te buscan, Arango! (Sale).

Doroteo se apresura a juntarse con la muchacha en un lado, con la reja de por medio. Hablan en secreto. Los compañeros lanzan silbidos de admiración y hacen bromas.

PRESOS: ¡Qué suerte tienen los feos! ¡Los que nunca se bañan! ¡Una miradita para los pobres, chula! ¡Los que van a morir le saludan, mi alma!

Sorprendiendo a todos, Doroteo apunta hacia el guardia la pistola que la joven traía escondida entre las faldas y le ha entregado con rapidez.

GUARDIA: ¡No me tire, güero, no sea ingrato!

DOROTEO: ¡Abre las rejas y hazte un lado! ¡Prontito, gendarme, o se me acaba la paciencia!

El guardia hace lo que le mandan. Doroteo lo desarma, lo obliga a entrar en la crujía y le pone los grilletes, asegurándolo a la reja.

¿Y ustedes qué? ¿Esperan invitación? ¿Quieren que me los lleve en la espalda?

Ni tardos ni perezosos, los prisioneros se precipitan hacia la salida.

PRESOS: ¡Animas benditas del purgatorio! ¡Es un milagro! ¡No tengo con qué pagarte, Doroteo! ¡Nos salvaste la vida, muchacho! ¡Dios te bendiga, Doroteo Arango!

DOROTEO: ¡Llorones! ¡Déjense de rezos! ¡Ni parecen huevudos! ¡Después les digo cómo pagarme el favor! (*Al guardia, con sorna*): ¡Perdiste la apuesta, muchachito! ¡Ni modo!

Hace ademán de asestarle un cachazo en la cabeza. El guardia le suplica.

GUARDIA: ¡Mejor lléveme con usted! Si me deja vivo, la superioridad me fusila.

DOROTEO: ¡Ándale pues, gendarme!

Lo libera de los grilletes.

GUARDIA: De algo le podré servir en sus correrías, jefe.

DOROTEO: ¡Te advierto que no me gustan los traidores!

GUARDIA: No tendrá queja de mí, se lo juro por esta...

El guardia va a besar sus dedos en cruz, pero Doroteo le pone la pistola en los labios.

DOROTEO: ¡Matar o que nos maten! ¡Esa es nuestra religión!

El guardia recupera su pistola y se cuadra frente a Doroteo.

PRESOS: ¡Viva Doroteo Arango! ¡Arriba nuestro merito jefe! ¡Viva el bandido justiciero! ¡Viva!

Salen todos, menos la joven bonita, quien queda pensativa por algunos segundos, como si recordara algo muy vivamente.

PETRA: Mi vida se fundió con la suya. Mi suerte se encadenó a su suerte... Parece que fue ayer.

Cartas de amor

Con una cuera blanca cubriendole el frente a modo de mandil, la camisa remangada, los brazos y la cara

manchados de sangre, lo mismo que la ropa, y provisto de un enorme cuchillo, Doroteo destaza una res sobre la mesa de carnicería. Parece disfrutar del acto propiciatorio, corta los trozos y los cuelga en sendos ganchos. Entra Petra compungida, trayendo una carta en la mano; está a punto de llorar, pero se contiene con dignidad.

DOROTEO: ¿Qué pasó, mi alma? ¿Trae malas noticias ese papel?

Por respuesta, ella le tiende la carta. Él hace un gesto de excusa en referencia a su tarea.

Tengo las manos mojadas en sangre. Léala usted, su voz hará más dulce el trago amargo.

PETRA: No voy a ensuciarme la boca repitiendo las palabras de sus despechadas.

DOROTEO: ¿Para qué les hace caso pues? ¡Rómpalas nomás!

PETRA: ¿Como usted les rompió a ellas?

DOROTEO: ¡Me está faltando al respeto, güerita!

PETRA: ¡El corazón... me refiero! ¡Al no cumplirles la promesa de matrimonio!

DOROTEO: ¿Y cómo le hago, si todos los días llegan cartas de esas?

PETRA (*Rompiendo en llanto de rabia*): ¡Como otras veces, destruyendo los libros donde se asientan los casorios!

Empleando todo su poder de seducción, potenciado por el color y el olor de la sangre, Doroteo se aproxima a la joven y la acaricia, con cuidado de no mancharla.

DOROTEO: ¿Le falta algo? ¿No le doy suficiente cariño? ¿No estoy siempre junto a usted?

PETRA: ¡Lo labioso no se le quita! Pero yo sé que no más lo tengo por mientritas.

Ya sin preocuparse de la sangre, se besan largamente. Irrumpe Rodolfo Fierro, el antiguo guardia de la cárcel, ahora fiel secuaz de Doroteo.

RODOLFO: ¡Disculpen lo atrabancado...!

DOROTEO: ¡Te mandé cuidar las reses, Rodolfo!

RODOLFO: Ni se apure, jefe... vamos a tener que malbaratarlas... ¡Los rurales de Durango vienen por nosotros!

PETRA: ¿Y cómo supieron que estás en Parral?

DOROTEO: ¡Alguien tuvo que traicionarnos!

RODOLFO: ¡Claro Reza nos vendió!

En un instante, Doroteo se transforma. Se quita la cuera, se viste una chaqueta y echa mano al sombrero. Está listo para huir.

DOROTEO: ¡Que se dé por muerto!

PETRA: ¡Es tu compadre!

RODOLFO: ¡Un traidor, eso es lo que es Claro Reza!

PETRA: ¡Seguramente lo amenazaron!

RODOLFO: ¡Con todo respeto, doña: lo compraron!

PETRA: ¡Hasta cuándo te van a dejar en paz! ¡Ahora que ya nos habíamos establecido!

DOROTEO (*Con rabia*): ¡Ya me cansé de andar huyendo!

RODOLFO: Perdóneme... si usted va a entregarse...

DOROTEO: ¡No seas tarugo, Rodolfo! (*Con determinación inquebrantable*): ¡Vamos a darles frente, a pelear con sus mismas armas y a cumplirles

el juego! ¡Ya estuvo bueno de que nos anden azorrillando!

RODOLFO: ¡Esa canción me agrada, sí, señor! (*Lanza un prolongado grito mexicano-norteño de entusiasmo*).

DOROTEO (*A Petra que intenta protestar*): ¡Cuide a mi madre, güerita! ¡Dígale que prefiero ser el mejor bandido del mundo, a seguir aguantando las injusticias de los amos! (*Sale con Rodolfo*).

PETRA (*Viendo a lo lejos, por donde se han ido los dos hombres*): ¡Ya decía yo que nomás lo tenía prestado...!

Perdón a los traidores

Claro Reza, sentado en un banquito, ordeña una vaca. Los chorros de leche percuten en el balde aumentando la expectación. Al cabo de un tiempo, Doroteo asoma por detrás de la vaca, donde se mantenía oculto. Claro disimula su asombro.

DOROTEO: ¿Qué pues, compadre? Hace tiempo que no se deja ver.

CLARO: Me retiré del negocio, compadre. Robar vacas para secar la carne y luego venderla, traía muchos riesgos.

DOROTEO: Ordeñarlas no entraña peligro, ¿verdad?

CLARO (*A modo de explicación*): Los Creel empezaban a sospechar de nosotros.

DOROTEO (*Irónico*): ¡No me diga! ¡Y usted los tranquilizó!

Actuando con rapidez y precisión, acogota a Claro, hincándole de inmediato una cuchillada mortal en el pecho.

CLARO (Boqueando): ¡Perdóneme, compadre! ¡Por su madrecita santa...!

La cubeta cae al suelo regando su contenido: una mezcla de leche y sangre. El cadáver queda inmóvil en difícil equilibrio sobre el banco de ordeña. Doroteo limpia la hoja de la navaja en la palma de su mano.

DOROTEO: ¡La muerte es el único perdón de los traidores!

Cambio drástico de luz. Todo un complicado equipo de rodaje se hace visible repentinamente. Reflectores, cámaras, etc. El director, provisto de altavoz y con acento gringo, imparte órdenes al staff.

DIRECTOR: ¡Corte! ¡Faltan miradas de fiera! ¡Pelo crespo como un león! ¡Ojos sanguinolentos! ¡Saquen esa cow! ¡Muevan todo! ¡Rápido! (A *Claro Reza*): ¡Levántese, amigo!

Claro se levanta y, de inmediato, las maquillistas le quitan toda huella de sangre del cuello y lo preparan para la nueva escena. Otros sacan a Doroteo. En un santiamén el set se ha transformado en una calle del oeste, en una de cuyas casas luce el letrero de LAS QUINCE LETRAS, cantina.

DIRECTOR: Todo listo. ¡Silencio!

STAFF (En letanía): ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!
¡Silencio!

DIRECTOR: ¡Luces!

STAFF (Ídem): ¡Luces! ¡Luces! ¡Luces! ¡Luces! ¡Luces!
¡Luces!

DIRECTOR: ¡Acción!

PIZZARRISTA: Mexican Robin Hood. Mutual Film Corporation. First shot. Action!

Claro aparece tras las puertas abatibles, las abre y sale de la cantina. De pronto, como una exhalación, viiniendo a galope de la lejanía, Doroteo Arango cruza la escena, dispara su pistola y sale de cuadro. Movidas por los brazos de Claro al caer, las puertas persianas banderean y el hombre queda muerto en la acera, frente a "Las quince letras".

DIRECTOR (Jalándose los cabellos): ¡Corte, corte! (Gritando hacia donde Doroteo salió): ¡Despacio, señor Arango, despacio por favor! ¡La cámara no puede captar así rápido a la fiera! ¡Mejor sentado aquí, por favor!

Las del staff traen a Doroteo y lo maquillan. El set es ahora el exterior de LAS QUINCE LETRAS, nevería, en un pueblo polvoriento a mitad del desierto chihuahuense. Doroteo, sentado en una sillita de madera pintada de color pistache, frente a una mesa desvencijada, saborea con fruición un cono de nieve de zarzamora. Por la calle vienen Claro Reza y su novia, una jovencita inocente. Claro se percata de la presencia de Arango, pero es demasiado tarde para dar vuelta, disimula su asombro. Él y su novia se sientan a la mesa con Arango; el mesero les entrega de inmediato un cono de nieve a cada uno.

DOROTEO: ¿Qué pues, compadre? Hace tiempo que no se deja ver.

CLARO: Me retiré del negocio, compadre. Robar vacas para secar la carne y luego venderla, traía muchos riesgos.

DOROTEO: Pasear con la novia por el pueblo no entraña peligro, ¿verdad?

CLARO (Explica): Los Terrazas empezaban a sospechar de nosotros.

DOROTEO (Irónico): ¡No me diga! ¡Y usted los tranquilizó!

Saca la pistola y dispara varias veces contra Claro.

CLARO (Boqueando en el suelo): ¡Perdóneme, compadre! ¡Por su madrecita santa...!

Muere con el pecho bañado en nieve de zarzamora. La novia llora desconsolada sobre el cadáver. Doroteo guarda la pistola y sale caminando tranquilamente.

DOROTEO: ¡Ningún perdón merecen los traidores!

DIRECTOR: ¡Corte! (Arroja lejos de sí el megáfono y tira la silla típica de tijera): ¡Me no entiende nada! ¿Quiénes ser bandidos? El gobierno y los hacedores acaparan territorio. Los cowboys rancheros disponen a su antojo del ganado. En *American Union* todo es diferente. ¡Aquí, roban a los ricos para dar a los pobres! ¡Y son héroes! ¡Me no entiende, no entiende nada! ¡Nothing at all!

¿Soldado o bandido?

ABRAHAM (*Refiriéndose a Doroteo*): Este es el hombre de quien le hablé, señor Madero.

DOROTEO: Para lo que se ofrezca, señor.

MADERO: Me dicen que has andado de bandido por más de quince años.

DOROTEO: Mejor bandido que perseguido, señor, ¿no cree?

ABRAHAM: Todo va a cambiar, muchacho.

DOROTEO: ¿También la justicia?

MADERO: Eso es lo primero.

ABRAHAM: Iguales oportunidades. Iguales derechos.

DOROTEO: ¿Y libertad para todos?

MADERO: La libertad solo sirve cuando se hace algo con ella.

ABRAHAM: Cuando se usa para ayudar a los demás.

DOROTEO: Yo ayudo a los míos.

MADERO: Tu pistola ya aprendió a matar y eso me preocupa.

DOROTEO: Hasta ahora nomás he matado traidores y patrones abusivos.

MADERO: Para robarles.

DOROTEO: Para que no se sigan aprovechando de los pobres.

MADERO: Si tu gente lucha conmigo, arrojaremos a Porfirio Díaz del gobierno.

DOROTEO: Dirá que soy ignorante, señor, pero, hay algo que no entiendo...

ABRAHAM: Ya te expliqué...

DOROTEO: Soy muy cerrero, don.

ABRAHAM: ¡Y muy terco!

MADERO (*Condescendiente*): ¡Habla, muchacho!

Yo también tengo mis dudas respecto a tu comportamiento.

DOROTEO: Los Madero, familiares suyos, son gente que tiene muchas tierras, muchos peones...

ABRAHAM: Nadie tiene la culpa de nacer rico...

DOROTEO: Tampoco de nacer pobre.

MADERO: ¿Y tú crees que todos los ricos, por el hecho de tener dinero, son malos?

DOROTEO: Pues sí... igualito que los ricos piensan que todos los pobres somos bandidos.

ABRAHAM: El señor Madero ha sufrido persecuciones y cárcel como tú, y eso que es hacendado, hijo de hacendado y nieto de un compadre del dictador Porfirio Díaz.

DOROTEO: ¿Lo encarcelaron por querer pelear en su contra?

MADERO: Por estar en completo desacuerdo con su gobierno.

DOROTEO (*Decidido de pronto*): Cuente pues con los hombres que necesite y cuando quiera.

MADERO: Todos los brazos que puedas conseguir.

ABRAHAM: A ti te tienen confianza los campesinos.

MADERO: Entre más, mejor.

ABRAHAM: Gente dispuesta a todo, no porque sea mala, sino porque es víctima del mal gobierno.

MADERO: O de la injusticia social, como tú.

ABRAHAM: Sobra quien quiera irse al monte a tirar balazos, a robar lo que pueda, a violar mujeres; pero no es esa la gente que necesitamos, ¿entiendes?

MADERO: El veinte de noviembre comenzamos la operación.

ABRAHAM: Despues de la guerra... ya no será necesario matar para ser iguales y libres.

MADERO: Así lo espero.

ABRAHAM: Así será, señor Madero.

DOROTEO: Mejor. Es preferible sembrar los campos para comer, que andar siempre revolucionando.

ABRAHAM: En cuanto acabemos con la desigualdad social.

MADERO: Cuando la riqueza no la acaparen unas cuantas manos.

ABRAHAM: Cuando más de nueve millones de peones dejen de ser esclavos acasillados y consumidos por las tiendas de raya.

DOROTEO: Ustedes sueñen, mediten las cosas: ese es su trabajo. El mío está en el campo de batalla. (*Se despide*).

MADERO: Pronto iré a conocer a tu gente.

ABRAHAM: Recuerda que ya no eres bandido ni perseguido.

DOROTEO: ¡Nada de eso, señor! (*Orgulloso*): ¡Aca-
bo de darme de alta en las filas de la revolución!
(*Sale*).

MADERO: Es muy joven este muchacho, y ya tiene una historia tan desafortunada.

ABRAHAM: La gente lo sigue. Les contagia su entusiasmo y su valor.

MADERO: Es un líder nato. Lástima que antes no tuviera una meta elevada.

ABRAHAM: La tiene ahora. Y estoy seguro de que no lo defraudará.

MADERO: Tiene una luz en la mirada, como de animal acorralado; a la defensiva, dispuesto a atacar en cualquier momento.

ABRAHAM: Es natural. Ha vivido a salto de mata desde niño, durmiendo a deshoras, huyendo, escondiéndose siempre.

MADERO: Es como si desconfiara de todos y de todo.

ABRAHAM: Hasta de él mismo.

MADERO: Esa desconfianza es peligrosa; lo mismo puede estallar contra todo, que convertirse en piedad para los demás.

ABRAHAM: Esperemos que el daño no sea irreparable.

MADERO: ¡Ya casi es un soldado, pero no ha dejado de ser bandido!

¡Viva La Revolución!

El campo de batalla está sembrado de estacas y, en cada una de ellas, algunos Dorados van colocando sombreros. Otros Dorados entran y salen a cumplir diversas órdenes de Arango, quien está de pie, en el centro de la acción, acompañado por Rodolfo.

DOROTEO: ¡Pongan más sombreros! ¡Muchos sombreros! Mientras el enemigo les dispara a las gorras... ¡nosotros los sorprendemos por la retaguardia!

DORADO UNO (*Entra y se cuadra*): Con la novedad, coronel Arango, que un grupo, como de cincuenta federales, se acerca por el rumbo de Santa Isabel.

DOROTEO: Vaya por ellos, amiguito. Y me levanta todo el parque que les encuentre encima. Me urge armar a mis hombres.

DORADO UNO: Pierda cuidado, coronel. ¡Pelón que caiga, revolucionario que se arma! (*Se cuadra y sale*).

DOROTEO (*A Rodolfo, reanudando la conversación*): Que yo y tú tengamos el valor de levantarnos contra la mala justicia de este puerco gobierno, no tiene chiste. Hasta el animal más dócil se cansa de recibir tanto castigo. Él nació rico, él no tiene ninguna necesidad de andar en estos trotes...

RODOLFO: ¡Nunca en mi vida he conocido un rico bueño! ¡Ni uno!

DOROTEO: A él no le importa pelear contra los de su clase, con tal de estar de nuestro lado, a la cabeza de los humildes como yo y como tú.

RODOLFO: Cuando un ricacho de esos se le acerca a uno... es que algo trama. ¡Que una hermana o un terrenito de uno les gusta para quedarse con ella o con él!

DOROTEO: El señor Madero es distinto, trae buenas intenciones.

RODOLFO: Me extraña que le tenga ley... siendo usted tan desconfiado. Para mí que ese chaparrito algo quiere a cambio.

DOROTEO: Te digo que es un hombre cabal. Y ultimadamente...

De un sopapo le tira el puro de la boca. Rodolfo se cuadra militarmente y se limita a negar o asentir con la cabeza.

¿Quién te dio permiso de fumar delante de mí? Tú sabes dónde hay caballos, ¿o no? Te me vas con unos cuantos muchachitos y me traes toda la caballada del gringo ese... ¿No? ¿No qué?

RODOLFO: Con perdón, coronel... Benton no es gringo... es inglés.

DOROTEO: ¡Españolitos o inglesitos, da lo mismo! Los forasteros esos llegaron aquí con una mano atrás y otra adelante, y en esta tierra hicieron su fortuna. Y ahora ellos lo tienen todo y nosotros no tenemos nada. Y no me parece justo. ¿No qué, carajo?

RODOLFO: Digo que no, coronel... que no es justo, que me jalo pal rancho de Benton por los caballos.

DOROTEO: Les amarras ramas en la cola para que el gringo ese...

Rodolfo vuelve a negar con la cabeza.

¡El inglés... no sepa ni dónde perdió la caballada!

RODOLFO (Se cuadra): ¡A la orden, coronel! (Sale).

Llega un dorado trayendo una petaquilla de fierro, la deposita en el suelo y se cuadra frente a Doroteo.

DORADO DOS: Mi coronel Arango, esto es lo que nos dio el gerente de la compañía minera. Dijo que con mucho gusto lo hacía, por tratarse de usted, como contribución a la causa...

Arango hace señas a otro de los dorados para que se acerque.

DOROTEO: Que consigan sillas y arreos para los caballos. Y uniformes. Y reparten el dinero que sobre entre mis muchachitos.

El dorado sale llevándose la petaquilla; los demás lo siguen jubilosos.

DORADO DOS: Que él quisiera darle más, pero, que es todo lo que hay...

DOROTEO: ¡Donde nos regalan mil, seguro tienen cien mil guardados!

DORADO DOS: En cuantito veníamos para acá, divisamos dos jinetes saliendo a la carrera de la compañía...

DOROTEO: ¡A denunciarnos a la guarnición más cercana! ¡Canijos gringos! ¡Y sus socios mexicanos peor! ¡Con una mano nos ayudan y con otra nos delatan! ¿A quién le tendrán más miedo? ¿A nosotros? ¿O a Porfirio Díaz?

Frente al paredón

Despacho de campaña de Huerta. El retrato presidencial de Madero cuelga en la pared del fondo.

INFORMANTE: Creen que es brujo, porque aparece en dos y hasta tres lugares a la vez, y que tiene siete vidas.

HUERTA: A ver si le alcanzan para salir vivo del paredón.

INFORMANTE: Perdone, general, pero no creo que eso le guste al presidente Madero.

HUERTA: No necesito autorización de nadie para fusilar a un malhechor. A un ignorante que no ha aprendido a ser soldado para no dejar de ser bandido. Un roba vacas que sigue asaltando a los propietarios de minas y haciendas con el pretexto de la revolución.

INFORMANTE: Todos saben que es para vestir y aper-
trechar a sus soldados, para pagarles un jornal...

HUERTA: ¿Qué no saben que es un pelado inculto y violento como el diablo?

INFORMANTE: Reconocen que es un barbaján, pero también que es humilde y ha sufrido como ellos. Por eso la gente le tiene ley. Es famoso en todo el norte, temido como el mismo crimen y terrible como la propia muerte.

HUERTA: ¡Muy valiente ha de ser cuando últimamente no ha podido ganar una sola batalla!

INFORMANTE: Tampoco ha perdido; por más que usted lo mande siempre por delante, en el lugar más peligroso.

HUERTA (*Pensativo*): Siempre se las ingenia para salir ilesa. (*Pausa. En tono que aparenta ser casual*): ¿Y de mí qué dicen? (*Pausa*). ¡Haz tu trabajo, sin miedo! Tú no tienes la culpa de lo que los demás digan de mí.

INFORMANTE: Están agradecidos porque el coronel Arango logró derrocar al dictador...

HUERTA: ¡La verdad!

INFORMANTE: Dicen que, sin él, sin las batallas de Ciudad Juárez, la causa revolucionaria jamás hubiera triunfado.

HUERTA: ¡Ahora resulta que es un héroe!

INFORMANTE (Resuelto): Afirman que él debiera estar al mando de la División del Norte y no usted... Recelan de que usted le tiene envidia... Y temen que, por soberbia, se vuelva usted contra el señor Madero...

Huerta, fuera de sí, empuña el sable y lo blande. Está por descargar el golpe contra el informante, pero se contiene y se dirige hacia atrás. Finalmente, por inercia, suelta el sablazo hacia cualquier lado, rompiendo, al parecer por pura coincidencia, el retrato de Madero.

Envuelto en un sarape, entra Doroteo, sudoroso, desencajado, evidentemente enfermo.

DOROTEO: ¿Me mandó usted llamar, general Huerta?

HUERTA (Al informante): ¡Llama a mi escolta!

El informante, que todavía no se repone del susto, sale presuroso.

(A Doroteo. Seco): Le mandé recado desde ayer.

DOROTEO: Mis muchachitos me vieron sacudido en fiebres y no quisieron molestarme. Eso fue.

Entra la escolta y se colocan en formación para fusilamiento. Huerta, fortalecido, encara a Doroteo y lo desarma.

HUERTA: ¡Entrégüeme sus armas y dese preso! (A la escolta): ¡Preparen!

DOROTEO: ¡Por qué me van a fusilar? ¡Soy un soldado leal al gobierno de Madero! ¡Esto es un crimen! ¡Un asesinato!

HUERTA (*Como si quisiera convencerse a sí mismo*): ¡Usted intentó sublevarse, coronel! (*A la escolta*): ¡Apunten!

DOROTEO: ¡Usted sabe que soy inocente!

HUERTA: ¡Fuego!

La descarga es atronadora. La pared del fondo, destruida por los impactos, se derrumba estrepitosamente. La escolta sale en perfecto orden marcial. Huerta, atónito, no logra comprender lo que sucede. Ninguna bala ha rozado siquiera a Doroteo, quien continúa de pie, ilesa, envuelto en el sarape, en medio del humo espeso producido por la descarga.

Polvo del desierto

Viento suave. Los matojos rodantes se mueven morosamente por las dunas, dan la impresión de estar suspendidos, oscilando apenas, flotando en un espejismo. Doroteo Arango, cubierto con el sarape, como un escarabajo polvoriento, está parado en medio del desierto.

DOROTEO: ¡Ya levántense, huevudos! ¡Enderézate, Eleuterio Soto! ¡Sal de tu guarida, José Sánchez! ¡Sacúdete el polvo, Tomás Urbina!

Se acerca y golpea con la punta de la bota en los pliegues del arenal. Nada se mueve allí.

¡Búllete, Pánfilo Solís! ¡Respóndeme, Jenaro Chavarría! ¡Te estoy hablando, Andrés Rivera! ¿Qué no oyes, Bárbaro Carrillo?

Da palmadas en las dunas. Ninguna respuesta.

¡Vámonos recio, Lucio Escárcega! ¡Levántate y anda, Antonio Sotelo! ¿Qué esperas para ponerte en camino, Leónides Corral?

Puntapiés y palmadas por todo el promontorio. Ningún resultado.

¿Qué esperan pues, taimados? ¡Ceferino Pérez, José Chavarría, Cesáreo Solís! ¡Contéstense, con una chingada! ¡Muévanse... que nos madrigan! ¡Apúrense a combatir en el frente de batalla! ¡Qué no ven que ya se divisa, allí adelantito, el triunfo de la revolución!

Se sacude vigorosamente la ropa, hasta quedar envuelto en una espesa nube de polvo. Sonríe. Mira de frente al destino.

LE PUSIERON PRECIO A SU CABEZA¹⁰

10. (Premio Internacional “Manuel Acuña” 1996)

Fábrica de estrellas

Estudio fotográfico en El Paso. Lámparas, cámaras, telones de fondo del tipo persiana para cambios de ambientación. Francisco Villa acepta dócilmente los diversos atuendos y accesorios que le ofrecen los diligentes empleados del estudio, y posa para ser fotografiado en cada diferente *look*, con distinto panorama y bajo frecuentes explosiones de magnesio. El manager es un judío que pronuncia con dificultad el español, pero que ha estudiado los giros y la conducta de los mexicanos.

MANAGER: Un nombre de impacto: ¡Juan Polainas!
¡Pedro Roca! Algo que la gente recuerde desde la primera vez que lo oiga.

PANCHO: ¿Qué va a decir mi madrecita, que en paz descance?

MANAGER: ¡Quítale esos calzones de manta!

PANCHO: Puedo cambiarme el nombre...

MANAGER: A ver qué tal se mira con un Stetson.

PANCHO: El nombre es lo de menos...

MANAGER: ¡Deprimente! ¡Prueben con un traje de charro!

PANCHO: ¡Pero no el apellido paterno!

MANAGER: ¡El sombrero sin borlas, *please!* ¡En Hollywood confunden lo mexicano! ¡Todo lo quieren resolver con pandereta y castañuelas!

PANCHO: Sería una ofensa a su memoria.

MANAGER: ¡Eso es!

PANCHO: Con el traje de mariachi se me notan las patas zambas.

MANAGER: Con unas mitazas se arregla.

PANCHO: Pero... las usan los camperos colombianos.

MANAGER: No le hace. Sirve que te internacionalizas.

PANCHO: ¡Viva la raza!

MANAGER: ¡Ahora lo que necesitas es un apelativo recio, viril como un puñetazo! ¡Nombre de macho!

PANCHO: Pues... Juan Charrasqueado.

MANAGER: ¡De hombre de pelo en pecho y muchos espolones!

PANCHO: ¿Juan Gallo?

MANAGER: ¡De bandido justiciero!

PANCHO: ¡Ah, Chucho el Roto!

MANAGER: No, no, eso suena a fracaso. ¡Pónganle un cinturón de cuero! Chucho... Chencho... Nacho... ¡Pancho!

PANCHO: ¡Pancho Pistolas!

MANAGER: Más grande esa hebilla. Pancho...

PANCHO: ¡Pancho López!

MANAGER (*Juega con la fonética*): ¡Ese Villa! Pancho...

PANCHO: ¡Pancho Pantera!

MANAGER: ¡Villa...! ¡Pancho Villa!

PANCHO (*Largo grito mexicano-norteño*): ¡Pancho Villa que es su padre, pelaos! Me cuadra.

MANAGER (*Como presentándolo a la posteridad*): ¡Aquí está Pancho Villa!

Las explosiones fotográficas se suceden. Los gritos también.

PANCHO: ¡Villa! ¡Viva Villa! ¡Me cuadra! ¡Me cuadra!

MANAGER: ¡Ha nacido una estrella!

PANCHO (*Serio de pronto*): ¿Cómo le hacemos con lo otro...? Con el asunto ese de mi madrecita... que en paz descance.

MANAGER: Fácil: Le dices que Villa es el verdadero apellido de tu padre.

PANCHO: Y no son embustes. Mi papá era entenado de un tal señor Arango, pero su verdadero padre, que nunca lo quiso reconocer legítimo, se llamaba Germán.

MANAGER: ¿Germán qué?

PANCHO: Germán, Germán. Martín o Roberto, creo. Roberto Germán.

MANAGER: ¡Ah! ¿Apellido judío entonces?

PANCHO: ¡Como usted!

MANAGER: Sí, pero... eso mejor no lo digas. Tú te apellidos Villa... ¿entendiste?

Rueda de prensa

Los reporteros hacen su labor con alarde e ironía. Aunque las contradicciones en que incurre sean evidentes, Pancho se aferra en todo momento a una actitud de seguridad y dominio de la situación.

PANCHO: Yo ignoro por qué mi madre se acostumbró a llevar el apellido Villa. Ella tendría sus razones, ¿no cree usted?

REED (*Concluyente*): Entonces Villa, el bandolero de Zacatecas, ¿era pariente suyo?

PANCHO: Me enseñó la dignidad, por él aprendí a hacer valer la hombría. Fue como un padre para mí.

REPORTERO UNO: Lo mismo dijo de Refugio Alvarado, el de su gavilla de bandidos al que apodaban el jorobado.

PANCHO: También. Yo tenía muchas cosas que aprender, por eso fui a la escuela de la vida.

REPORTERO DOS: ¿Y dónde quedan los apellidos Arango y Arámbula?

PANCHO: En mi árbol familiar, amiguito. Yo vengo de un tronco muy robusto.

REED: ¿Y cuáles fueron esas enseñanzas?

PANCHO: La conocencia de la tierra, en primer lugar. Un hombre no es nada si no sabe el terreno que pisa.

REPORTERO UNO: Eso sí. Nadie como usted para aprovechar el desierto en las batallas.

REED: La victoria de Tierra Blanca es un magnífico ejemplo.

REPORTERO DOS: No cabe duda de que usted conoce el territorio de México como la palma de su mano.

PANCHO: Y también las tierras vecinas.

REPORTERO UNO: ¡No me diga!

REED: ¿Ha incursionado usted en la Unión Americana?

REPORTERO DOS: De vacaciones seguramente.

PANCHO: No, señor. Trabajando en las minas de Arizona y en los ferrocarriles de Colorado... y pronto pienso visitar Columbus.

REPORTERO UNO: Todos creíamos que usted nada más era bandido.

REED: ¡El Robin Hood mexicano!

PANCHO: Fui carnicero en Parral, albañil en Durango, curtidor de pieles en Chihuahua y hasta tuve negocio de carne seca.

REPORTERO DOS: ¡La famosa machaca!

REPORTERO UNO: No me explico cómo se daba tiempo para realizar tantas actividades.

PANCHO: Pues aprovechando los respiros que me dejaban los rurales persiguiéndome. Le pusieron precio a mi cabeza desde que yo era niño.

REED: ¿Por eso se unió a la revolución... para conseguir el perdón de sus delitos?

PANCHO: ¿Cuáles delitos? ¿Defender a mi hermana? ¿Limpiar el honor de la familia?

REED: Se le acusa de prender fuego al Ayuntamiento de Rosario... para quemar las actas de matrimonio del archivo.

REPORTERO DOS: Y de hurtar el sello oficial... para legalizar las reses robadas.

REPORTERO UNO: Se le acusa de haber saqueado el rancho San Isidro...

REPORTERO DOS: haciéndose pasar por un tal Castañeda comprador de ganado...

REPORTERO UNO: y de matar al dueño y a su pequeño hijo.

REED: Se le señala como autor...

REPORTERO DOS: junto con su banda...

REPORTERO UNO: su compadre Urbina entre ellos...

REED: del robo al rancho Talamantes, municipio de Jiménez.

REPORTERO DOS: Y de haber matado a Claro Reza...

PANCHO: ¡Espérense, espérense!

REPORTERO DOS: Otro de sus compadres...

PANCHO: ¡Ya párenle, pelaos! ¡Esta parece una película del Oeste! Lo único que hago es defenderme.

REPORTEROS: ¿De quién?

PANCHO: Del gobierno y las leyes, que arrinconan a los pobres y los orillan a delinuir.

REED: ¿Para defenderse se unió a Francisco Madero?

REPORTERO UNO: ¿Es cierto que él le otorgó la amnistía junto con el grado de coronel?

PANCHO: El señor Madero peleaba de nuestro lado.

REPORTERO DOS: Nada más mientras llegaba al poder.

REED: Dejó en el gabinete a los mismos viejos porfiristas cuando ocupó la presidencia.

REPORTERO UNO: Y uno de ellos lo traidor.

PANCHO (Con rabia): ¡El usurpador Huerta!

REPORTERO UNO: El que lo quiso fusilar a usted, general Villa. ¿Ya no se acuerda?

PANCHO: Me libré por poquito y me refugí en El Paso.

REED: Le sentaron los aires, general.

REPORTERO DOS: Volvió usted transformado.

REPORTERO UNO: Hasta parece otro.

PANCHO: Los viajes ilustran, ¿qué no?

REPORTERO DOS: Con armas y uniformes suficientes para luchar contra Victoriano Huerta.

PANCHO: Y no descansaré hasta acabar con el traidor... ¡Ay de aquél que se atraviese en mi camino!

*Se pone de pie intempestivamente para salir.
Los reporteros le cierran el paso tratando de continuar la entrevista.*

REPORTERO UNO: Todavía no terminamos, general.

PANCHO: Por mí ya es suficiente. Tengo otras cosas que hacer.

REPORTERO DOS: Quedan muchas preguntas pendientes...

PANCHO: Confiesan más que un cura.

REPORTERO DOS: ¿Cómo logró reunir nueve mil hombres en tres semanas?

REPORTERO UNO: ¿Dónde obtuvo armas, caballos y dinero para pagarle a sus dorados?

REED: ¿Es verdad que Estados Unidos patrocina la revolución mexicana?

REPORTERO DOS: ¿Qué compromisos tiene usted con míster Carothers?

REED: ¿Y con el embajador Wilson?

REPORTERO UNO: ¿Y con el general Scott?

REED: ¿Piensa usted vender la península de California a la Unión Americana?

REPORTERO UNO: ¿Es usted el único jefe de la División del Norte?

Sin poderse contener, Pancho da una bofetada al reportero que hizo la última pregunta y lo amaga con la pistola.

PANCHO: ¿Qué estás insinuando, catrincito?

REPORTERO DOS: Por ahí dicen que los dorados quieren más al general Felipe Ángeles que a usted.

En un santiamén, Pancho repite el bofetón ahora en el rostro del otro reportero.

PANCHO: ¡Los chismes de reporteros son peor que los chismes de viejas! Gelitos es mi compadre y a ningún cabresto le permito...

REED: Claro Reza también era su compadre y de todos modos lo mató.

Pancho, resoplando furioso, pesca a Reed por el cuello del abrigo.

PANCHO: Mira, gringuito, no te corto el pescuezo por no echarme encima a tu país... si no cierras el hocico...

REPORTERO UNO (*Dando un sesgo trivial a la conversación*): ¿Es cierto que autorizó usted la filmación de su vida a la Mutual Film Corporation?

PANCHO (Orgulloso): ¡Un contrato en oro para retratar Las victorias de los dorados de Villa!

REPORTERO DOS: Una buena manera de ganar la inmortalidad, ¿no le parece?

PANCHO (Sombrío): Tarde o temprano voy a morir. Todos nos morimos alguna vez, ¿o no? (*Radiante*): Pero la gloria de los valientes que dan la vida por su raza no muere nunca.

Sale violentamente. Los reporteros quedan atónitos, suspirando de alivio.

REPORTERO UNO: ¡Tantito más y nos manda fusilar!

REPORTERO DOS: ¡O nos mata él mismo!

REPORTERO UNO: ¡Ese hombre es un enigma!

REED: Eso es lo que quiere hacernos creer. ¡Es muy listo!

REPORTERO UNO: ¡Eso sí! Nadie le quita el valor y la astucia que muestra en la batalla.

REPORTERO DOS: Por algo Huerta le tiene miedo.

REED: No digo por eso. Villa es más listo que nosotros. ¡Se burla de todos! ¡Se burla de las

circunstancias! ¡Se burla de lo que la historia dirá de él en el futuro!

REPORTERO UNO: Ahora sí que no le entiendo nada.

REPORTERO DOS: ¡Explíquese por favor!

REED: ¡Es el único que conoce la verdad sobre su persona! Sí, no me vean con esa cara de *stupid*. Él sabe quién es en realidad y lo que ha hecho y lo que no ha hecho.

REPORTERO UNO: ¿Usted cree que se burla de la prensa?

REPORTERO UNO: ¿Que nos manipula?

REED: Él nos dice lo que nos dice, ¡y nosotros nos encargamos del resto! Para eso somos periodistas, ¿o no?

REPORTERO DOS: Un hombre ignorante no puede ser consciente de eso. ¡No es posible!

REED: Lo intuye. Presiente la confusión que en el futuro provocarán sus declaraciones.

REPORTERO UNO: ¡Eureka! ¡Por eso se rodea de secretarios y les dicta sus memorias!

REPORTERO DOS: ¡Y a cada uno le inventa una nueva versión biográfica!

REPORTERO UNO: Como a nosotros. Cada día nos cuenta algo diferente.

REPORTERO DOS: Tergiversa los hechos a su antojo.

REED: ¡Y utiliza el cinematógrafo para documentar sus hazañas!

REPORTERO DOS: ¡No lo creo tan tonto! ¡Corre el riesgo de que filmen también las barbaridades que comete!

REPORTERO UNO: No podrá ocultar sus fechorías ante las cámaras.

REPORTERO DOS: Los latrocinos y los asesinatos se cuentan por montones.

REED: Al contrario. En el cine es difícil distinguir entre la realidad documentada y las películas de ficción.

REPORTERO UNO: Su teoría me parece muy interesante, señor Reed.

REED: Es una coronada por el momento. De una cosa estoy seguro: Villa conoce muy bien el valor de la imagen pública y está creando su propia leyenda.

REPORTERO DOS: El tiempo se encargará de decir si usted tuvo razón, míster Reed.

REED: Entonces, dejemos que el tiempo lo decida, ¿les parece?

REPORTERO UNO (Masculla): ¡Siempre se sale con la suya! (*Ante la reacción curiosa de los otros, rectifica*): El tiempo... eso quise decir. ¡El tiempo siempre tiene la última palabra!

¡A Zacatecas! (mexican film)

En un promontorio, desde el cual se domina el panorama completo de la batalla, Pancho maneja el cañón “El Niño”, pieza clave de su artillería. Hay estruendo de balacera, explosiones y gritos desgarradores. Nubes de humo y de polvo. Cabalgatas. Aparatosas caídas. Combates cuerpo a cuerpo.

GRITOS: ¡Vámonos con Pancho Villa! ¡Viva Villa, cabrones! ¡Francisco Villa es su mero padre, pelones!

PANCHO: Ándele, “Niñito”, ¡pórtese bien! ¡Péguelos duro a los huertistas! ¡Ora sí tenemos que acabarlos!

Disparo del “Niño”. El promontorio se cimbra. El polvo y el humo de la pólvora lo cubren todo. Llega el jinete, se ve caracolear al caballo en medio de la niebla.

JINETE: General, general, de orden del camarógrafo, que haga usted favor de suspender los disparos del “Niño”, porque las cámaras no pueden retratarlo con tanta polvareda.

PANCHO: ¡Dígale usted de mi parte que ahorita no esté tiznando!

JINETE: Dijo que, si me contestaba eso, le recordara el contrato que firmó con la Mutual, donde se compromete a obedecer.

PANCHO: ¡Yo no recibo órdenes de nadie en medio de la guerra!

JINETE: ¿Ni siquiera de don Venustiano, general?

PANCHO: Depende, muchachito, depende...

JINETE: ¿De qué, general?

PANCHO: De lo que se le ocurra mandar a don Venustiano, pues.

JINETE: Yo digo... porque acaba de llegar un telegrama del señor Carranza...

PANCHO: ¿Lo leíste?

JINETE: Yo no, porque no sé leer, pero lo leyó mi general Ángeles.

PANCHO: ¿Y qué dice?

JINETE: Ordena que sean nomás las tropas de Pánfilo Natera y de los hermanos Arrieta, las que mar-
chen sobre Zacatecas.

PANCHO: ¡Adiós! ¿Y todos los demás?

JINETE: Que usted y los otros generales aguarden
atrasito.

PANCHO: ¡Eso sería como aventar gente al matade-
ro! ¿Qué no sabe que la División del Norte está
acostumbrada a vencer junta?

JINETE: Eso sí quién sabe, pero dice mi general Felipe
Ángeles que, si usted no obedece, don Venus lo
'destruirá' por indisciplinado.

PANCHO: ¿Y con qué ejército piensa destruirme?

JINETE: ¡No! Sin pleitos. En un papel pondrá su 'des-
trucción', para que ya nadie lo obedezca.

PANCHO (*Masculla entre dientes*): ¡Viejo barbas de
chivo!

JINETE: Pero que no se apure, que los generales firma-
ron una renuncia de todos, en que lo apoyan a
usted, junto con mi general Ángeles.

PANCHO: ¡Ni hablar! Dile al camarógrafo ese que ma-
ñana le preparo 'de a mentiritas' las batallas que
quiera. ¡Conmigo al frente y de astro principal!
Pero que, ahorita, por nada del mundo puedo
suspender la toma de Zacatecas.

JINETE: Va a retobar... ya sabe usted cómo es el tal
gringuito de los retratos; donde que ya los ca-
ballos le rompieron una cámara de sendo pata-
dón... ¡La grande! ¿Se acuerda? ¡La grandota!

PANCHO: ¡Que se aguante! Mientras no le rompan la madre... ¡que se aguante!

JINETE: A mi general Felipe Ángeles, ¿qué le digo?

PANCHO: ¡Que no esperaba menos de él! ¡Ah, y que le mando un abrazo y muchas gracias por su confianza!

JINETE: ¿A Carranza?

PANCHO: ¡No, tarugo! ¡Un abrazo para mi compadre: el *jal* Gelitos!

JINETE: ¿Y a Carranza?

PANCHO: A ese tal por cual... que le pongan un telegrama, donde le digan que mejor no se meta en terreno barrido. Que digo yo: comandante en jefe de la División del Norte.

JINETE (*Da un grito de gusto*): ¡Así me gusta, general! ¡A los dorados no nos parece que nuestro jefe se le cuadre a otro jefe!

PANCHO: Más que al difunto presidente Madero.

JINETE: Si usted lo dice... porque bien que nos olvidó el chaparrito cuando estuvo en la silla.

PANCHO: A don Panchito lo engañó el traidor Huerta.

JINETE: Usted no se deje sorprender, general. Júreme que siempre será nuestro brazo armado: ¡El padre de todos los que andamos aquí revolucionando! ¿Verdad?

PANCHO: Ándale pues, ve a cumplir mis órdenes. Y dile a mis muchachitos que hoy tenemos que entrar a Zacatecas. Que es muy importante. ¡Cayendo esta plaza, tumbamos también al usurpador Victoriano Huerta!

JINETE: ¡A Zacatecas!

El jinete va a de salida cuando es alcanzado por una granada enemiga y cae por tierra. El corcel se pierde a galope en el campo de batalla. Pancho se inclina a escuchar las últimas palabras del agonizante.

¿Me lo promete...?

PANCHO: ¡Por mi madre, muchachito!

Cierra los párpados al muerto y llora en silencio. Con rabia renovada, va junto al “Niño”.

Ora sí, “Niñito”, ¡péguelos duro! ¡Tenemos que acabar a los huertistas! Ora sí, “Niñito”, ánbole, ¡pórtese bien!

Disparo del cañón.

GRITOS (*Cada vez más fuertes, hasta hacerse atronadores*): ¡A Zacatecas! (Música).

¡Arriba el norte y a ver quién pega el brinco!

Lujosa oficina de gobierno. Pancho preside la reunión con sobriedad, interviniendo apenas, a la expectativa, alerta; hace esfuerzos sobrehumanos para mantenerse en el fiel de la balanza, mientras sus dos lugartenientes se comportan como dos caballos desbocados por caminos opuestos.

ÁNGELES: Confiscar los bienes de los enemigos de la revolución. Esa debe ser la primera medida, señor gobernador.

FIERRO: Déjelos en mis manos, general... digo, señor gobernador, y le aseguro que los Falomir, los Creel y los Terrazas le rinden cuentas en menos que canta un gallo.

ÁNGELES: De manera legal, Fierro. No con una revancha pública, mediante denuncias, amenazas y torturas.

FIERRO: Los perfumados esos ya enterraron sus dineros y, si no es por la fuerza, nunca daremos con ellos.

ÁNGELES: En tiempo de guerra, tal vez. No apruebo el saqueo, pero comprendo a nuestros soldados cuando entran vencedores y hambrientos en una plaza.

FIERRO: Los ricachos se vuelven más rejegos cuando hay paz. Dizque hubo paz con Porfirio Díaz y ¿qué pasó?: En treinta y tantos años, los señores no soltaron ni un quinto para los pobres. Por eso fue que mi general Villa y todos nosotros nos metimos a revolucionar, ¿qué no?

ÁNGELES: Para que las cosas cambiaron. No para que los pobres sigan robando, sino para que reciban lo que les corresponde: Salarios a los combatientes y pensiones a las viudas y los huérfanos.

FIERRO: ¿En eso se va a ocupar lo que les saquemos a los Falomires y a los Creeles?

PANCHO: Ansina mesmo, Fierritos. Y para abrir el Banco del Estado.

FIERRO (Decepcionado): ¡Uh, pues está bueno!

ÁNGELES: Las reformas sociales deben ser útiles al pueblo, para que la gente humilde no tenga otra vez que salir a hacerse justicia por su propia mano.

PANCHO: ¿Y usted qué me recomienda, mi *jal* Gelitos?

ÁNGELES: Por lo pronto: abaratar los productos de primera necesidad; racionar y distribuir los alimentos que anden escasos; castigar los abusos de los acaparadores... Son muchas cosas, señor gobernador.

PANCHO: ¡Pues... suéltelas de su ronco pecho, mi *jal*!

¡Quien quita y logremos hacer por lo menos unas cuantas!

ÁNGELES: El ejército ha quedado ocioso y antes de que se relaje la disciplina, póngalos a trabajar para la comunidad. Eche a andar la planta eléctrica, los tranvías, el rastro, los teléfonos, el agua potable... todos los servicios que los antiguos encargados suspendieron.

FIERRO: ¡Son soldados, ninguno va a querer cambiar el rifle por un empleo!

ÁNGELES: Usted lo ha dicho, coronel Fierro. Los soldados deben servir en lo que la patria necesite.

Y ahorita lo que urge es aprender a vivir en paz.

PANCHO (Reflexivo): Que sean ciudadanos al mismo tiempo que soldados. ¡Me cuadra la idea! Yo siempre sueño con que haya ranchos militares por todo el territorio, donde los que han peleado tengan un pedazo de tierra de labor, donde trabajen tres días cultivando maíz y criando ganado, y los otros tres días recibiendo instrucción

militar y enseñando al pueblo a pelear. Así, cuando algún enemigo invada la patria, todo el pueblo de México se levante en un ratito a defender a sus hijos y sus hogares.

ÁNGELES: Suena bien. Pero, primero hay que convencer a la gente de que esas intenciones son buenas.

FIERRO (Amenazador): ¡Todavía no nace el que se atreva a desconfiar de mi general Villa!

ÁNGELES: ¿Ve lo que le digo, general?

PANCHO: Sosiéguese, Fierritos. Tiene que aprender a vivir en paz.

ÁNGELES: Su gobierno debe contar con la voluntad popular, general Villa. De lo contrario corre el riesgo de que Reed lo siga llamando: el dictador socialista.

PANCHO: ¡Ya no sé ni por qué consentí en platicar con ese periodista gringo!

ÁNGELES: Aceptó, porque sabe lo que significa una opinión pública favorable.

PANCHO: ¿Ya vio cómo me pone de la basura en sus periódicos el muy ingrato?

FIERRO (Acariciando la pistola): Si usted quiere, yo hablo con él. Quien quita y lo haga cambiar de opinión.

ÁNGELES: Las calumnias hay que desmentirlas con hechos, no con amenazas.

Ambos sacan sus respectivos revólveres. Villa abraza a Ángeles en señal de despedida, es evidente que quiere evitar la confrontación.

PANCHO: ¡Ándele pues, mi *jal* Gelitos, vaya a poner en práctica sus recomendaciones! ¡A ver qué

gestos hacen mis muchachitos cuando los pongo a trabajar!

Ángeles, a regañadientes, se cuadra y sale.

FIERRO: Para mí, que Felipe Ángeles se anda horqueteando; digo, ¿de dónde acá tan delicado?

PANCHO: Gelitos tiene razón. Se cumplirá al pie de la letra todo lo que él propone.

FIERRO: Pues a ver quién le hace caso, porque lo que es yo...

PANCHO (Sonríe): ¡Y también haremos lo que tú dices, no faltaba más!

FIERRO: ¡Adiós! ¿Y cómo?

PANCHO: Gelitos es un idealista. Cree que, si él trata bien a la gente, la gente le va a responder con la misma bondad. Pero tú y yo sabemos que la balanza tiene dos lados, y que existen pelaos marrulleros a los que hay que tratar por las malas porque no entienden otros modos. ¿Está claro?

FIERRO: ¡Solo que nos matemos él y yo!

PANCHO: Cada uno por su rumbo, Fierritos; guardando las distancias para no contrapuntearnos.

FIERRO: ¿Y si malicia algo?

PANCHO: Eso depende de ti. Nomás no te metas en escándalos de cantina para que no lo provoques.

FIERRO: Usted ya sabe lo que me gusta el traguito.

PANCHO: Y tú ya sabes que te doy de cuerazos si te encuentro briago. Un hombre con sotol en la mollera no sirve para nada, y menos para soldado.

FIERRO: Lo que pasa es que su compadre Ángeles es un santurrón.

PANCHO: Es un militar de academia; no como tú y como yo, que nos hicimos soldados cuando andábamos triscando en el monte. No, no es santo, pero estuvo a punto de ser mártir junto con el señor Madero...

FIERRO: ¡Por eso lo admira usted, ¿verdad?!

PANCHO: No te digo. ¡Si serás burro! Él y tú son como mis dos brazos; los tengo uno de cada lado, pero son como si fuera yo mismo.

FIERRO: Como usted siempre me lo anda poniendo de ejemplo...

PANCHO: Por ver si en una nada se te quita lo bruto.

FIERRO: ¡Hasta anduve pensando hacerlo presidente!

PANCHO: Porque lo que más le conviene a la revolución es un hombre íntegro en la silla presidencial. No un collón como Carranza, con las mismas intenciones de Porfirio Díaz para *perpetrarse* en el poder.

FIERRO: Ya vio usted cómo se puso con la muerte del tal Benton ese.

PANCHO: También ya ni la friegas. Por merito ocasionalas un pleito internacional.

FIERRO: Fue una pura mala inteligencia, gene... digo: gobernador.

PANCHO (Ríe): ¡Benton se zurraba de miedo!

FIERRO: Mire que venir a reclamarle a usted los caballos que le robé...

PANCHO (Aclara): Era su colaboración para que mis muchachitos fueran bien montados a la guerra.

FIERRO: A él le sobraba el ganado y se estaba pudriendo en oro.

PANCHO: Iba a sacar el pañuelo para secarse el sudor
y tú...

FIERRO: Yo pensé que iba a sacar la pistola para dis-
parle a usted... y... pues... me lo quebré. (*Ríe
con ganas*) ¡Y el tal Benton resultó escocés!

PANCHO: Da lo mismo inglés que escocés... Los em-
bajadores no paran de hacer ruido: Quesque nos
piensan invadir, quesque es una ofensa exterior,
quesque una represalia diplomática... Vale que
los gringos son mis amigos.

FIERRO: Pues cuídese, porque Carranza allí anda
de arrastrado, rogándoles que reconozcan su
gobierno.

PANCHO: ¿Ah sí?

FIERRO: Sabiendo cómo son de interesados, yo digo
que sí lo reconocen... (*Explica*): A cambio de
'algo' que les convenga... claro.

PANCHO: ¡Que comercie con el sur, si quiere! ¡Que
haga protectorado gringo al sur si le da la gana!
¡Pero el norte es villista! Y si es necesario pin-
tar una raya a la mitad del territorio para que
el norte siga siendo república, ¡pues la pinto, no
faltaba más!

*Irrumpe el dorado herido, su ropa sucia y des-
garrada muestra una gran mancha de sangre en
la entrepierna. Fatigado por la carrera, todavía
encuentra aientos para emitir su informe de una
sola tirada.*

HERIDO: ¡Nos están atacando los carrancistas, gene-
ral! ¡En Jalisco y Baja California! ¡Todo Coahuila

anda revuelto también! ¡Y la huasteca está ardiendo completa!

Cae. Pancho alcanza a sostenerlo en sus brazos cuando casi ha llegado al suelo. Así lo sostiene. Ambos en el piso: una piedad en medio de la guerra.

HERIDO: ¡Carranza mandó a Obregón contra nosotros! ¡Obregón grita que quiere acabar con usted! ¡Que lo va a fusilar!

PANCHO: ¡Eso todavía está por verse! ¡Pero en el campo de batalla! (A Fierro, refiriéndose al herido): ¡Llévalo al hospital! ¡Le dices al médico de guardia que lo cure! ¡Que él me responde con su vida si no salva a este valiente!

Fierro hace intento de levantarla.

HERIDO: ¡No, general, déjeme morir aquí!

PANCHO: ¡Te pondrás bien, ya verás! ¡Todavía te queda mucha vida por delante!

HERIDO (Se refiere a la herida en la entrepierna): ¡La revolución necesita hombres completos, general! ¡Así ya no le sirvo a la patria para nada!

Pancho y Fierro intercambian miradas. Fierro, inmóvil, coloca el cañón de su pistola a unos centímetros de la sien del herido y dispara. Pancho, llorando, con el cadáver en sus brazos, se levanta. De nuevo es el guerrero.

PANCHO: ¡Que alisten mi caballo!

FIERRO: ¡A sus órdenes, gobernador, digo, general!

PANCHO: ¡Salimos de inmediato a combatir a Obregón!

FIERRO: ¡Sí, mi general!

PANCHO: ¡Y que le avisen a Carranza que tiene los días contados! (*Sale*).

FIERRO (*Feliz por el giro de los acontecimientos*): Ya decía yo que era muy pronto para descansar los fusiles.

Oigan señores el tren que lejos me va llevando

Interior de un vagón de ferrocarril en movimiento. El ruido del tren rodando por los rieles y del intermitente silbato de vapor, así como las ráfagas de humo que cruzan por las ventanillas, contribuyen a crear la atmósfera dentro de la cual se desarrolla esta pesadilla. En ocasiones, el vagón parece estar poblado por una multitud y al instante siguiente luce vacío. Los personajes destacan y se definen cuando intervienen, luego desaparecen. Únicamente la presencia de Pancho, acosado por sus demonios, es constante. De cuando en cuando, en esa penumbra de ruina y muerte, ondean algunas Banderas negras, que tienen una calavera y dos fémures blancos en el centro. Esporádicamente, se escuchan disparos, gritos y lamentos; también carcajadas y relinchos.

MISERABLES: ¡Tenemos hambre, Pancho Villa! ¡Los carrancistas nos carranciaron, patrón! ¡Míralos, jefecito, allí vienen! ¡Con sus calaveras! ¡Allí vienen!

ÁNGELES: ¡Se lo advertí, general! ¡Su hermano Hipólito se está enriqueciendo de forma ilícita!

MUJERES: ¡Nos engañaste, Pancho Villa! ¡Dijiste que nos protegiéramos en el templo! ¡Nos arrojaste al matadero, villano! ¡Nos juntaste en la iglesia para echarnos a tus fieras, cobarde!

FIERRO: ¡Los hermanos Aguirre Benavides y José Isabel Robles nos abandonaron! ¡Y los Herrera se pasaron con Carranza! ¡Nos estamos quedando solos, general!

PERSHING: ¡Villa! ¡Villa! ¡Villa! ¡Vivo o muerto! ¡Estés donde estés, te atraparé! ¡Seas quien seas, te voy a cortar la cabeza!

MISERABLES: ¡Los carrancistas no son soldados de la patria! ¡Los verdaderos mexicanos enarbolan la bandera tricolor! ¡Estos traen calaveras de pirata! ¡Son los arcángeles de la muerte que andan anunciando el exterminio total!

MUJERES: ¡No querías que tus asesinos se molestaran en perseguirnos, forajido! ¡Porque llevamos *priesa*, dijiste! ¡Les ahorraste el esfuerzo a tus muchachitos, alcahuete! ¡Se merecían un desahogo, justificaste! ¡Un premio por tanto que habían sufrido en el combate! ¡Habían andado mucho tiempo revolucionando, lloraste! ¡No veían una mujer desde hacía meses, pobrecitos!

PERSHING: ¿Quién eres y dónde estás, Pancho Villa? ¿Eres Jesse James o Bufalo Bill? ¿Eres George Washington o Napoleon? *What kind of son of a gun are you?*

ÁNGELES: ¡Al amparo de su nombre, general, Hipólito abrió una empacadora de carnes! ¡Dice que

siendo hermano suyo no tiene por qué pagar las materias primas ni los fletes!

FIERRO: ¡Uno por uno, sus viejos generales caen muertos, general, desertan o se juntan al enemigo! ¡Lo están traicionando, mi general! ¡Lo están dejando solo!

MISERABLE: ¡En las tiendas no quieren tu dinero, Francisco Villa! ¡No me lo cambiaron ni por una tortilla! ¡Ni fiada me la dieron!

MUJER: ¡El cura Avelino Flores fue al primero en caer de un culatazo en la cabeza! ¡Y ya en el suelo... le vaciaron la pistola!

PERSHING: ¡Eres una fiera herida, Pancho Villa! ¿Dónde puedes refugiarte que yo no te encuentre? ¡Por más que te escondas te hallaré! ¡Solo tengo que seguir las huellas de tu sangre para sacarte de tu madriguera!

ÁNGELES: ¡Su hermano Hipólito se autonombró juez especial de aduanas! ¡Ya lleva depositados más de cuatro millones de dólares en bancos norteamericanos!

MUJER: ¡Éramos apenas unas cuantas indefensas! ¡Ellos eran varios cientos de cobardes!

MISERABLES: ¡Los carrancistas dejaron el pueblo regado de cadáveres! ¡Los carranclanes, jefecito Villa! ¡Los carranclanes con sus calaveras!

MUJER: ¡Se nos arrojaron encima como bestias!

ÁNGELES: ¡Ahora su hermano Hipólito se hace llamar “el emperador de Ciudad Juárez”! ¡Y se viste como el duque de Venecia!

MUJER: ¡Nos golpearon y nos escupieron!

PERSHING: ¿Dónde estás, Francisco Villa? ¿Te trágó el desierto? ¿Estás muerto, Pancho Villa? ¡Responde!

MUJER: ¡No se desahogaban como hombres cansados de pelear, sino como machos enrabiados!

FIERRO: ¡También Felipe Ángeles dejó las armas, general! ¡Ora sale con que quiere ser cura!

MUJER: ¡Nos pegaron hasta que se cansaron!

MISERABLE: ¡Sembraron más muertos en las calles que en los campos de batalla y nos amenazaron con regresar a matarnos si te damos aviso o alimento! ¡Cuenta con el aviso siempre que te haga falta! ¡Pero comida, ¿de dónde, jefecito?, si ellos todo carrancean!

MUJER: ¡Nos causaron heridas permanentes! ¿Me oíste, Pancho Villa? ¡Cicatrices visibles en la cara! ¡Heridas ocultas en el corazón!

ÁNGELES: ¡Su compadre Tomás Urbina sentó sus reales en Las Nieves! ¡Cree que todo le pertenece, vidas y haciendas! ¡Administra la justicia por su propia mano! ¡La única tienda del pueblo está en su casa y ay de aquél que no le compre!

PERSHING: ¿Te estás burlando de mí, Pancho Villa? ¡Recuerda que somos amigos!

FIERRO: ¡Tomás Urbina también andaba queriendo rebelarse! ¡Me lo troné por lo mismo! ¡Discúlpeme, pero me tuve que tronar a su compadre! ¡No hubo otro remedio, general!

MUJER: ¡Conchita del Hierro murió mientras la violaban uno tras otro tus dorados!

MISERABLE: ¡Socórrenos, jefecito!

MUJER: ¡A Celsa Caballero la quemaron viva cuando trataba de esconder a una de sus hijas!

MISERABLE: ¡Por tu madre que está en el cielo!

MUJER: ¡A Carlota Bastida la sentaron en una estaca cuando se aburrieron de abusar de ella!

MISERABLE: ¡Quítanos esta plaga de la espalda!

FIERRO: Le pusieron precio a su cabeza, general. ¡Cincuenta mil dólares vivo o muerto!

ÁNGELES: También por el cura Hidalgo ofrecieron recompensa. Los bandos realistas lo calificaban como un peligrosísimo criminal.

FIERRO: Figúrese nomás, ¿peligroso el que hoy es el padre de la patria?

PERSHING: ¡Mandaste matar a Mckinney y Corbet! ¡Incendiaste el banco de Columbus! ¡Incendias-te la tienda del judío Samuel Rabel!

FIERRO: ¡Los gringos lo traicionaron, general! ¡Reconocieron a Carranza! ¡Yo se lo dije: son puros convenencieros! ¡Tanto que usted los respetó!

PERSHING: ¡Prendiste fuego a Columbus! ¡Invadiste territorio americano! ¡Eres un malagradecido, Pancho Villa!

MUJER: ¡A Margarita la encontraron muerta en una zanja tres días después de que tú y tus hombres la ultrajaron! ¡Todavía llevaba, sangriento y hecho jirones, el vestido de novia con que acababa de casarse!

ÁNGELES: Yo sé que usted no tiene la culpa y que en el fondo es bueno. Lo han maleado las circunstancias, las traiciones, las injusticias. Siempre son las

persecuciones injustas del gobierno, lo que vuelve fieras a los hombres.

MUJER: ¡A los niños de brazos, para que no lloraran mientras tus muchachitos se divertían, los agarraron por los pies y aporrearon sus cabezas contra el mármol del altar!

FIERRO: ¡Los gringos se metieron a nuestra tierra, general! ¡Así nomás por sus pistolas! Quesque para una expedición punitiva. ¡Sepa el diablo que sea eso!

MUJER: ¡Y cuando se cansaron de fornicarnos a la fuerza...!

ÁNGELES: Pero usted tiene prisa, general Villa. No puede entretenerte en impartir la justicia, sino que prefiere imponerla.

MUJER: ¡Cuando quedamos rendidas por los azotes...!

PERSHING: ¡Estás en todas partes y en ninguna, Pancho Villa! ¡Cuando menos lo espero, repites el zarpazo en otra parte!

MUJER: ¡Cuando caímos desmayadas o muertas después del cruel castigo...!

FIERRO: A usted no hay quién pueda seguirle el paso ni a caballo ni a pie. No hay quién pueda encontrarlo ni por el llano ni por el monte. A usted no lo agarran vivo ni con trampa, general, como a los lobos.

MUJER: ¡Cuando creímos que ya todo había terminado...! ¡Tus demonios comenzaron a reír a carcajadas!

ÁNGELES: Usted no puede esperar a ser justo, general. Le urge ser justiciero.

MUJER: ¡Sí, como lo oyes, Francisco Villa! ¡Muertos de la risa, como si acabaran de hacer una gracia!

Las carcajadas, ensordecedoras primero, se diluyen en una intermitente risita de conejo.

MISERABLE: ¡Auxílianos, Francisco Villa! ¡Ya no podemos cargar con la derrota!

MUJERES: ¡No paró allí la cosa! ¡Faltaba lo principal! ¡Faltaba que conociéramos el infierno! ¡Nos rociaron con petróleo y nos prendieron fuego!

El interior del vagón se incendia. Antorchas humanas, algunos cuerpos arden inmóviles en su sitio, otras mujeres corren envueltas en llamas y profiriendo alaridos. Luego desaparecen. Algunas lengüetadas de fuego quedan aquí y allá acentuando la desolación. Se oye, lejano, el canto de las mujeres.

MISERABLE: ¡Ya terminó la cacería, Pancho Villa! ¡Sal de tu cueva!

FIERRO: Los gringos ya se fueron con la cola entre las patas.

ÁNGELES: Con las manos vacías.

FIERRO: ¡Querían tragarse a México y México se les atoró en el gaznate!

Pancho, que ha quedado ovillado en el fondo, apabullado por la imprecación de sus demonios, se levanta y comienza a avanzar lentamente hacia la puerta frontal del vagón. Más que caminar, flota, como suspendido, mudo, azorado.

MISERABLE: ¡Sal de tu cueva!

FIERRO: Nos vencieron, general. Obregón nos ganó en el Bajío. De nada sirvió que usted cruzara a caballo el Bolsón de Mapimí para atacar Sabinas.

ÁNGELES: Su lugarteniente, el coronel Rodolfo Fierro, murió, general. Se lo tragó el pantano poco a poco, con todo y caballo, cobijado por un pesado chaleco de monedas de oro.

FIERRO: Su compadre, el general Felipe Ángeles fue fusilado por orden de Carranza, mi general. Ahora también es un mártir, como el señor Madero.

ÁNGELES: Los sonorenses mataron a Venustiano Carranza, general.

FIERRO: ¡Muerto el perro se acabó la rabia!

MISERABLE: ¡Sal de tu cueva, Pancho Villa! ¡Enfrenta la derrota!

Cesa el canto de las mujeres. La caminata fúnebre concluye cuando Pancho llega a la puerta del vagón, sale y se sienta en los peldaños del estribo, atónito todavía. Seguido por una nube de reporteros y fotógrafos, el federal llega a entregarle un papel que él firma sin leerlo; es el armisticio.

FEDERAL (Informa): Un año de haberes para cada uno de sus hombres que deponga las armas. Y la hacienda de Canutillo, es suya, general.

REPORTERO: ¿Qué significa para usted el armisticio, general?

Al general le cuesta trabajo salir del mutismo. Finalmente, una sonrisa irónica franquea sus comisuras y le brilla cierta malicia en las pupilas.

PANCHO: Quiere decir que ya se acabó la guerra. Quiere decir que ora podemos andar juntos por la calle las gentes honradas y los bandidos.

Reacciones de asombro y desconcierto de los reporteros. Explosiones de luz para una interminable serie de fotografías.

Cuídate Juan que ya por ay te andan buscando

Está amaneciendo. Soledad y Pancho están despiertos desde hace rato y conversan en la cama. Él prende un cigarro y, de cuando en cuando, se sirve copitas de anís de una botella y las paladea con parsimonia.

PANCHO: Tenía que verla en persona, güerita.

SOLEDAD: Te andan queriendo matar, Pancho... ¿y tú todavía te expones?

PANCHO: No confío ni en mi sombra para mandarle recado.

SOLEDAD: Menos mal que regresaste a salvo.

PANCHO: El señor presidente me agradeció que fuera a brindarle mi apoyo, y el de mis hombres.

SOLEDAD: ¿Qué puedes hacer tú, con cincuenta hombres de escolta, para apoyar a don Adolfo de la Huerta contra Calles y Obregón?

PANCHO: No me sobajes, güera; hay miles de pelaos esperando nomás que yo los llame.

Se levanta y comienza a vestirse.

Estaba bien contento el presidente Fito, hasta me refaccionó para pagar los gastos de Canutillo.

Se refiere a dos costalitos de dinero colocados sobre la mesa de noche.

SOLEDAD: Quería que te quedaras hasta mañana, Pancho.

PANCHO: No puedo, güerita. Mi mujer está esperando otra criatura para estos días.

Molesta, la mujer se levanta y se viste.

Y tengo que pagar la raya. Además... yendo temprano no hay peligro de una emboscada. ¡Los asesinos no son tan madrugadores!

SOLEDAD: Y yo, Pancho, ¿también yo soy tu mujer?

PANCHO: ¡Claro que sí! ¡Por las tres leyes!

SOLEDAD (*Sonriendo, resignada por la respuesta*): Casi te acabas la botella de anís. Mira que volverte vicioso a estas alturas, Pancho. Tú, que antes no consentías ni oler el aguardiente.

PANCHO (*Sin hacer caso*): En Canutillo tengo un retrato del señor Madero y una estatua de mi compadre el general Felipe Ángeles. Voy a encargar que te traigan unas copias. Echo de menos a mis dos mártires.

Tocan a la puerta con una señal convenida.

PANCHO: Ese es Trillo, puntual como siempre. Hasta la vuelta, mi alma. No te digo cuándo, porque ni yo mismo quiero saberlo. Contimás si se enteran las paredes.

SOLEDAD: Sí, ándate con tiento.

Se abrazan breve pero cálidamente. Ella tiene el impulso de darle la bendición, pero se arrepiente.

SOLEDAD: ¡Que Dios... que tus mártires te acompañen!

El toquido se repite. Pancho se encamina a la puerta y espera a que Soledad, con todo recato, salga de la habitación por la otra puerta. Abre. Entran, nerviosos, Trillo y el dulcero. El dulcero instala de inmediato su bandeja de dulces sobre una tijera, trae también una sandia que no suelta.

TRILLO: ¡General! ¡Tenemos que suspender el viaje!

DULCERO: Calle abajo, en la esquina, entrando en un cuartucho, vi a unos malandrines armados, patrón.

PANCHO: En los tiempos que corren, son sospechosos los que andan desarmados.

DULCERO: Fusiles grandes, patrón, de esos que traían los gringos del otro lado... y pistolas cuarenta y cinco.

PANCHO: ¿Los oíste hablar? ¿Dijeron algo de mí?

DULCERO: De oír, no oí nada... Con el perdón tuyo, Pancho Villa: ¡Para mí que son matones que te quieren venadear!

TRILLO: Hágale caso, general. Parral está desguarnecido. Los únicos levantados a estas horas son los de la tropa que anda por allá por el rumbo de la Maturana.

PANCHO: ¿Y para qué en aquellos pedregales, si siempre se ejercitan aquí enfrente?

TRILLO: Le digo que hay algo raro. Mejor mande traer su escolta de Canutillo, general.

PANCHO: Eso lo hubieras pensado antes. Ahora, en lo que van a avisarles, se pasa por lo menos otro día.

TRILLO: Eran muchos gastos, general. Bastimento para cincuenta gentes y forraje para cincuenta caballos. ¿Y por cuántos días? ¡Échele cuentas!

PANCHO: ¿Y mi persona no vale? ¡Cabrón Trillo! ¡Pones en riesgo mi vida por andar contando chiles! (Ríe) ¡Fuímonos, que se hace tarde!

Coge los costalitos, abre uno, le da unas monedas al dulcero.

PANCHO: Gracias por el aviso. ¿Me vendes la sandía?

DULCERO: Llévatela de regalo, Pancho Villa... nomás luego no digas que no te aprevine de tu muerte.

PANCHO (Ríe con ganas): ¡Nadie se muere la víspera, dulcero!

Sale con Trillo. Se escuchan los ruidos de la partida, portezuelas que se cierran, motor del automóvil que arranca y se aleja. El dulcero levanta su tinglado parsimoniosamente. Se coloca la bandeja sobre la cabeza. Cierra la tijera, se la ensarta en el brazo y la recarga en el hombro. Va a salir cuando se escuchan gritos y disparos afuera. La descarga es cerrada. La bandeja cae y los dulces se riegan por el piso. El dulcero se asoma a la puerta y sale de prisa. Soledad cruza corriendo hacia la salida, pero se detiene en el centro de la habitación. Por unos segundos parece estar congelada, incrédula. El dulcero regresa asustado. Ambos se miran en silencio eloquente. Por fin él asiente con la cabeza y se pone a recoger los dulces. Ella gira hacia el público y mira intensamente.

SOLEDAD: Mi vida se fundió a la suya. Mi suerte se encadenó a su suerte... Parece que fue ayer.

MANOS IMPUNES

Epígrafe¹¹

ROMAN: ¡Ahí viene!

SALAS: ¿Qué mano fue?

SAENZ: ¡La zurda!

SALAS: Viene manejando. Lo agarramos cuando frenó para dar vuelta.

Cortan cartucho. Esperan. Apuntan.

LIBRADO: ¡Pues órale!

Abren fuego sobre el público. Disparan largo rato, turnándose para cargar.

Luego, silencio. Miran, se ríen, se abrazan alborozados.

SALAS: ¡Yo lo remato!

LOZOYA: Ya saben: el que agarre la pistola, es para él.

Salen entre el público, disparando al aire...

La curiosidad mató al gato

Luego de un largo estruendo de balazos, el automóvil de Villa queda en mitad de la calle, humeante aún por los numerosos impactos. Los cadáveres en diversas posiciones dentro del auto; uno de ellos colgando medio cuerpo por la ventanilla. Villa, el conductor, con la cabeza sobre el volante. Un rato después, la gente se arremolina en torno al automóvil. Salas regresa y se confunde entre los curiosos.

11. Juan Tovar, *La madrugada*. UAM. 1^a edición. México, 1981, p. 36. Es necesario que el epígrafe se actúe.

CURIOSO 1: ¿Quiénes son?

CURIOSO 2: ¿Los mataron a todos?

CURIOSO 3: Ni tiempo les dieron de defenderse.

CURIOSO 4: Villa murió encima del volante. Ni si-
quiero pudo sacar la pistola.

CURIOSO 5: El coronel Trillo quedó colgando cabeza
abajo por la ventanilla.

CURIOSO 1: Hay cinco cadáveres.

CURIOSO 2: ¡Que Dios tenga piedad de ellos!

CURIOSO 3: Pero se salvaron otros dos.

CURIOSO 4: ¡Tres!, yo los vi, salieron *judios*.

CURIOSO 5: Iban malheridos. No llegarán muy lejos.

CURIOSO 1: Ya encontraron a uno, dicen que murió
desangrado de este lado del puente.

CURIOSO 2: ¿Y los otros?

CURIOSO 3: Sepa.

CURIOSO 4: Se escaparon de milagro.

CURIOSO 5: La emboscada era para el general Villa.

SALAS (*Irónico*): Mire nada más... pobrecito... lo hi-
cieron pedazos.

CURIOSO 1: ¿Ahora quién nos protegerá de los
fедерales?

CURIOSO 2: El general era muy bueno con los
pobres.

CURIOSO 3: ¿Por qué querían acabar con él?

CURIOSO 4: Estaba retirado, ¿qué daño les hacía?

SALAS: Quedó con los ojos abiertos, como buey en el
matadero...

CURIOSO 2: ¡Dios lo tenga en su santa gloria!

CURIOSO 3: ¿Para qué le reza? Él era un descreído.

CURIOSO 4: La capilla de Canutillo la tenía convertida en bodega.

CURIOSO 5: No respetaba ni a los curas.

SALAS: Por eso lo ejecutaron como a un perro, como a un animal del demonio.

PIÑON: ¡Óigame! ¡No le permito que hable así del difunto! El general Francisco Villa es como un padre para todos los mexicanos.

SALAS: Padre de usted... sería... (*Ríe*): porque ahora ya está muerto. (*Se va*).

PIÑON: Ustedes podrán acabar con su cuerpo, pero no con su recuerdo. El general Villa pertenece al pueblo para siempre. (*Se va*).

De pronto, el cuerpo de Villa, que había quedado reclinado sobre el volante, se comienza a mover, a erguir. Una vez puesto de pie, voltea a ver a los curiosos que lo rodean boquiabiertos y demudados.

CURIOSO 1: ¡Animas benditas del purgatorio!

CURIOSO 2: ¡No estaba muerto el cristiano!

CURIOSO 3: ¡Ya le dije que él no tenía fe católica!

CURIOSO 4: ¡Ateo o cristiano, eso es lo de menos!

CURIOSO 5: ¡Déjense de pleitos y vámonos de aquí!

Villa ríe a carcajadas. Los curiosos salen huendo como almas que lleva el diablo.

Diálogo 1

El personaje está vestido de tal manera que su perfil derecho representa a Doroteo Arango, con ropa de campesino y sombrero de palma; en tanto que el perfil izquierdo, traje y gorra militar, sirve para caracterizar a Francisco Villa. La voz y las actitudes son diferentes, cada vez que cambia de perfil para dialogar consigo mismo.

ARANGO: ¡Ni muertos nos van a dejar descansar, general!

VILLA: ¡Sosiéguese! ¿Qué no ve que ahora estamos en manos de los historiadores?

ARANGO: Estamos a merced de los traidores y de su lengua de víboras chirrioneras.

VILLA: Las balas son las que matan, Aranguito. Aquí, ¿ya cuál daño nos pueden hacer las balas?

ARANGO: ¡Balas nos sobraron, general!

VILLA: De grueso calibre algunas de ellas.

ARANGO: Nos andaban cazando, los muy infelices.

VILLA: Más de un centenar de disparos de fuego cruzado.

ARANGO: Agujerearon el carro por los cuatro lados.

VILLA: Y hasta la capota.

ARANGO: Tenían gente apostada en todas partes.

VILLA: Hasta en el techo y las ventanas de las casas vecinas.

ARANGO: No querían errarle, mi general ‘gorra gacha’.

VILLA: Por eso nos sorprendieron en montón.

ARANGO: Usted no me quiso hacer caso.

VILLA: Pensé que nos atacarían a campo abierto.

ARANGO: ¿Para medirse con nosotros frente a frente, como los hombres? ¡Ya mero!

VILLA: Dónde iba a imaginarme que nos emboscarían en la ciudad, contando ellos con todas las ventajas.

ARANGO: Este error le costó la vida, general.

VILLA: Como estaban las cosas, nos hubieran matado de cualquier manera.

ARANGO: Muy verdad: Si no era hoy, hubiera sido cualquier otro día.

VILLA: Ya nos habíamos librado de varias, ¿no, 'mifiera'?

ARANGO: Los riesgos de andar en la bola no cuentan, general. Lo que me da coraje son los oportunistas, como Feliciano Domínguez y el 'Charro' Mercado.

Las traiciones

FELICIANO: Nosotros lo conocemos desde el principio de la guerra.

CHARRO: Desde *enantes*.

FELICIANO: Desde que andaba de bandido.

CHARRO: No es más que un hombre común y corriente.

FELICIANO: Valiente como cualquier otro.

CHARRO: Pero no más valiente que los demás.

OBREGÓN: Si es así, ¿por qué nadie se ha atrevido a enfrentarlo?

FELICIANO: Hasta ahora nadie le ha puesto el cascabel.

CHARRO: Hace falta que alguien le ponga un cascabel en la cola.

OBREGÓN: A mí me hubiera gustado vencerlo en combate y mandar personalmente el pelotón de su fusilamiento. No arrinconarlo así, a traición.

FELICIANO: Hay muchas personas que hasta se ofrecerían a ayudarnos.

CHARRO: Los generales Enríquez y Castro, sin ir más lejos.

FELICIANO: Gente a la que Villa le debe la muerte de algún pariente.

CHARRO: Los Lozoya y los Herrera, por mencionar unos cuantos.

FELICIANO: Todos a los que robó y ofendió, sin tener otro motivo que la fuerza.

CHARRO: Gente de las clases altas, que, con gusto, intervendrían en la ejecución.

FELICIANO: Medio Parral está esperando, de un día para otro, el feliz acontecimiento.

OBREGÓN: ¿Y dicen que todo lo que se necesita es ponerle un cascabel?

FELICIANO: Nosotros se lo vamos a poner. A eso nos comprometemos.

CHARRO: Siempre y cuando se nos den garantías.

OBREGÓN: Yo no sé qué diablos se proponen hacer ustedes. Pero, lo que tengan que hacer, háganlo bien, y sin inmiscuir para nada a mi gobierno. ¿Está claro? (*Se aleja de ellos; pensativo*): ¡Qué lástima que en México todo lo quieran resolver con balas!

Diálogo 2

VILLA: Gracias al mucho pueblo que tenemos de nuestra parte, no faltó quién nos avisara.

ARANGO: Feliciano murió fusilado sin lograr ponerle el cascabel al gato.

VILLA: Y el Charro se acobardó cuando nos tuvo enfrente.

ARANGO: ¡Alas les salieron a las patas de su caballo!

VILLA: Con Melitón Lozoya nos falló, ‘fierona’. Eso que ya nos andaba venadeado una vez.

ARANGO: Nomás porque su tío don Sabás y su familia iban con nosotros en el carro.

VILLA: Ha de haber tenido mucho rencor acumulado contra mí para hacer lo que hizo.

ARANGO: El chisme y la traición son lo que dispara las pistolas.

VILLA: Tienes razón. De otro modo no se explica tanta rabia contra nosotros.

ARANGO: Tanta inquina para emboscarnos a la mala y rociarnos más plomo del que se necesitaba.

VILLA: Obregón tenía miedo de que nos levantáramos en armas contra él.

ARANGO: Quería dejar a Calles en la presidencia... y nosotros le estorbábamos.

VILLA: Le informaron que estábamos acumulando armas y parque en Canutillo.

ARANGO: ¿Pistolas? ¿Cuáles? ¡Nomás las mías!

VILLA: Las de mi escolta personal y las dos ametralladoras que el mismo Obregón me regaló.

ARANGO: Le contaron que estábamos fabricando bombas con pedacería de fierro y que habíamos escondido gran cantidad de armamento en unas cuevas.

VILLA: Era una calumnia que yo tuviera intención de rebelarme; si quiso creerles... allá él.

ARANGO: Tuvo miedo de que no nos estuviéramos quietos después de que él acabara su mandato.

VILLA: Ese fue el compromiso. ¿Apoco pensó que entonces apoyaríamos a Fito de la Huerta o al que nos diera la gana?

ARANGO: Pues sí...

VILLA: Puede ser, aunque se me hace muy raro.

ARANGO: Ni se apure, lo más seguro es que, bien a bien, nunca se sepa quién ordenó el asesinato.

VILLA: Todo se revuelve, 'fierona': los oportunistas se visten de héroes, y los verdaderos responsables se lavan las manos como Pilatos.

ARANGO: Como en las traiciones de amor, general...

(Ríe): El último en enterarse es el marido.

El asesino solitario

LLERGO: ¡Yo maté a Villa!

PROCURADOR: ¿En qué forma lo hizo, señor Llergo?

LLERGO: Con la pluma, señor procurador. El periodismo es un arma inmejorable.

PROCURADOR: ¿Estuvo usted en Parral el día del atentado?

LLERGO: Estuve en Canutillo, un año antes del suceso que usted menciona. Fue entonces cuando lo herí de muerte.

PROCURADOR: No encuentro relación entre una cosa y la otra, señor Llergo.

LLERGO: ¿Le parece poco? Yo preparé, con un año de adelanto, la desaparición de Francisco Villa del cuadro de la vida nacional. Yo denuncié el ambiente de rebelión que se vivía en Canutillo; un ambiente de tensión que estallaría en cualquier momento. Yo desenmascaré al general Villa ante la opinión pública, como un hombre feroz, incontrolable, a quien era mejor exterminar.

PROCURADOR: ¿Quiere decir que una campaña de des prestigio en la prensa acabó con el general Villa? Discúlpeme usted, señor Llergo... no puedo tomar en serio su declaración. ¡El que sigue!

CHÁVEZ: Gabriel Chávez, para servir a usted. Yo hasta hice viaje a México, junto con Jesús Herrera, para ofrecernos a matarlo. Pero, ni caso nos hicieron.

HERRERA: A mí me hubiera gustado acabar con él. Era cosa de vida o muerte. Me tenía amenazado. Pero se me adelantó Melitón Lozoya.

MELITÓN: Lo estuve planeando mucho tiempo. Contraté personal calificado para disparar. Luego... lo anduvimos cazando. En junio se nos cebó... porque andaba con mi tío Sabás, que era compadre suyo. Por eso rentamos una casa, en la meritita esquina por donde tenía que pasar, y nos apostamos a esperarlo detrás de unas pacas de

alfalfa. Eran como las ocho de la mañana. El carro que Villa venía manejando disminuyó la velocidad para dar vuelta a la esquina... ¡allí mismo lo pescamos!

PROCURADOR: ¿Tiene usted testigos, señor Lozoya?

SALAS: No le busque más, señor procurador. ¡El único autor intelectual y material de la muerte de Francisco Villa soy yo: Jesús Salas Barraza!

PROCURADOR: ¿Estaba usted involucrado en el complot organizado por Melitón Lozoya? ¿Cuánta gente participó en ese complot?

SALAS: Nadie me contrató. No recibí ningún pago. No hubo ningún complot. Actué solo.

PROCURADOR: ¿Por qué no se presentó ante la autoridad de inmediato?

SALAS: Esperaba que me ofrecieran garantías. Además, yo no me entregué. Le mandé una confesión escrita al general Carmona, y él se la llevó al presidente. Más tarde, cuando iba en el tren de Monterrey a Laredo, me apresaron. *Quesque* me habían traído vigilado todo el tiempo. Me consignaron y me trajeron para acá.

PROCURADOR: ¿Hay alguna persona que pueda confirmar su declaración?

SALAS: Todos los paralenses me vieron en el lugar de los hechos. Hasta me di el lujo de rematarlo en frente de todos.

PROCURADOR: En vista de que el señor Salas admite ser el único culpable del múltiple homicidio en el cual perdió la vida el general Francisco Villa, se descarta la hipótesis de un complot...

Molestos por el veredicto, los comparecientes salen manifestando a voces su disgusto. Menos Salas, quien es esposado de inmediato, y el desconocido, quien ha permanecido todo el tiempo apartado y trae la cabeza cubierta con una bolsa de papel.

PROCURADOR: Se suspenden las averiguaciones. Y se condena al asesino solitario a purgar veinte años de prisión en la cárcel de Chihuahua.

El desconocido hace señas a Salas de que se acerque y le habla en secreto.

DESCONOCIDO: ¡Sh, sh! No se apure, mi amigo, yo voy a ir a sacarlo de paseo diariamente, y, en menos de dos meses, le tendré conseguido el indulto. ¡Ya verá!

Se quita la bolsa. Otra le cubre igualmente la cabeza; da la impresión de que este hombre oculta su identidad debajo de infinitas capas de papel de estraza. Cierra por el extremo la bolsa vacía y la rompe con estrépito, como hacen los niños. Ríe como serpiente.

Diálogo 3

ARANGO: ¡Hágame favor, mi general gorra gacha! Salas... ¡ni siquiera tuvo el valor de participar en el ataque! Llegó después de atole, cuando calculó que ya no había peligro. Y cobardemente, a mansalva, le disparó a usted el tiro de gracia.

VILLA: Pues, pensándolo bien, ‘fierona’: ninguno de ellos es culpable de mi muerte. A estos tuvieron que pagarles y emborracharlos para que se atrevieran.

ARANGO: Eso sí: ¡la culpa es mía! Tenía que haber acabado a tiempo con todos sus enemigos, general: Los mandamases que mandaron a estos.

VILLA: ¿Para que me sigan llamando el bárbaro asesino del norte?

ARANGO: ¿Qué ya no se acuerda de Francisco y Gustavo Madero, muertos a traición?

VILLA: Mientras existan intereses de por medio, dinero y poder; no puede uno ni confiar en los amigos.

ARANGO: De veras, mi general... Yo me volví malo porque mis amigos me traicionaron. Mire: mi compadre Claro Reza y yo robábamos ganado porque teníamos hambre y necesitábamos comer. Las reses robadas se las vendíamos a los Creel, hasta que un día, los Creel se negaron a pagarnos el precio convenido y sobornaron a mi compadre para que me traicionara... y me persiguieron por abigeo. Por eso, por traidor, tuve que matar a mi compadre Claro Reza. Porque tanto peca el que mata la vaca, como el que le agarra la pata, ¿no cree usted? ¡Por eso yo no tengo amigos!

VILLA: No digas eso, fiera, el pueblo siempre ha sido nuestro aliado. Gracias al pueblo hemos evitado muchos ataques del enemigo o lo hemos sorprendido con ventaja.

ARANGO: Pero... pues allí está que Carranza les prohibió que nos ayudaran.

VILLA: El pueblo siempre encuentra el modo de dár-nos de comer y ponernos sobre aviso.

ARANGO: Lo que es ahora, a todos se les durmió el gallo, pues. Y eso que el pueblo tiene un titipuchal de orejas y ojos para cuidarlo a usted... En cambio, los traidores son unos cuantos cobardes con los que hay que acabar a tiempo, antes de que destilen su veneno. No olvide que yo se lo advertí.

Las averiguaciones

MINISTERIO: Hago a ustedes entrega detallada de las pertenencias que el general Francisco Villa llevaba consigo en el momento de su muerte: Un automóvil. (*Va depositando sobre el cofre las cosas a que se refiere*): Dos bolsas de dinero conteniendo mil pesos cada una, que estaban destinadas a cubrir la raya en Canutillo. Una libretita ensangrentada que llevaba en su camisa. Una sandía. ¿Desea usted conservar la pistola y las ropas personales que el general vestía, señora?

AUSTREBERTA: Que se las lleven a México; a ver si allá, en la capital, se dan cuenta del crimen que cometieron, quitándome a mi esposo y dejando su muerte sin castigo.

MINISTERIO: ¿A qué se refiere, señora? Jesús Salas Barraza ya está convicto, confeso y sentenciado como único autor intelectual y material del múltiple asesinato.

AUSTREBERTA: Un hombre solo nunca hubiera podido enfrentarse con él y acabar al mismo tiempo con cuatro de sus acompañantes, sin darles oportunidad de defenderse. ¡Pancho tenía una escolta de cincuenta hombres de confianza, todos ellos con la única encomienda de velar su seguridad... ¡¿Y me dice usted que un traidor solo logró sorprenderlos?! Estoy segura de que hubo más gente en el complot y nunca me cansaré de exigir que se investigue.

MINISTERIO: Se trata de un delito del orden común.

AUSTREBERTA: Se trata de un crimen político tramado por las autoridades. ¡Eso lo sabe todo el mundo!

MINISTERIO: Es un caso cerrado, señora...

AUSTREBERTA: ¡Es una injusticia! A mi esposo no lo mataron para vengarse de antiguas ofensas. ¡No! Nadie, en todo Chihuahua, va a creerles ese cuento. ¡Mucha gente y muchas balas se necesitaban para acabar con Francisco Villa!

Diálogo 4

ARANGO: También... ¿quién le manda dejar tantos enemigos regados por el país, mi general gorra gacha?

VILLA: Yo cumplí los acuerdos de paz firmados en Sabinas.

ARANGO: Sí pues, pero ni a Carranza ni a Obregón ni a Calles les conviene usted vivo, mi general,

porque saben que se puede levantar en armas con sesenta mil hombres en cuanto se lo proponga.

VILLA: Yo estaba trabajando tranquilamente en Canutillo.

ARANGO: ¿Y ellos qué sabían? El miedo no anda en burro, general.

VILLA: Ha de ser la conciencia que no los deja en paz.

ARANGO: El traidor cree que todos son de su condición. Y ellos, pues, ¿cómo iban a arriesgarse?

VILLA: Los periódicos ponen a la gente en mi contra.

ARANGO: De bandido y asesino no lo bajan, general, como si todavía fuera aquel Doroteo Arango del principio.

VILLA: Les urge justificar mi muerte con mentiras.

ARANGO: La gente no se deja engañar tan fácil. Todos saben que, en biliosos, los carrancistas les ganaron siempre a los dorados de Villa. Ellos no les exigían dinero a los ricos para comer y tener fuerzas para seguir luchando. ¡No! Ellos robaban lo que fuera por pura maldad, por ocio, por atropello vil. ¡Carranciaban lo poco que tenían los pobres!

VILLA: Los poderosos siempre controlan la prensa.

ARANGO: Y dicen nada más lo que les conviene.

VILLA: La gente de Chihuahua, mis allegados, pueden seguir confiando en mí, porque me conocen. Pero... los que leen los periódicos en todo el país, me van a considerar un animal feroz para toda la vida.

ARANGO: No se apure, tarde o temprano la verdad se impone. Ya verá que el tiempo, nomás mientras

usted no pierda la cabeza, lo va a reconocer como el héroe popular que usted se merece. De mí se acuerda si no.

No pierda la cabeza

GRINGO: ¡Yo les ofrezco cincuenta mil dólares y no digo quién me la vendió!

GÓMEZ: Pero... míster, es una empresa sumamente delicada.

GRINGO: Sí, lo sé. Y así quiero que la realicen, con todo cuidado y sin que nadie se entere.

DURAZO: ¿Para qué la quiere?, si no es indiscreción.

GRINGO: Para un museo de cosas extraordinarias y maravillosas.

DURAZO: A mí me parece común y corriente.

GRINGO: No crea. Pertenece al hombre que venció al general Pershing en Columbia.

DURAZO: Columbus, míster. No Columbia.

GRINGO: ¿Quién sabe más? ¿Tú o yo, amigo?

GÓMEZ: Ya oyó, Durazo: ¡Ejecute la orden de inmediato!

DURAZO: Hay muchos curiosos merodeando por ahí...
¿Y si la gente se da cuenta...?

GOMEZ: ¡Obedezca! La mete en una caja de madera y la envía a la estación de Jiménez.

GRINGO: Unas personas la recibirán y les pagarán el precio convenido. (*Sale, con Gómez del brazo*).

Durazo se cuadra, golpea los tacones de sus botas y da media vuelta. Extrae el sable y, de un

solo tajo, corta a la mitad la sandía que ha quedado sobre el cofre del automóvil. Los escandalizados curiosos merodean por allí. Durazo recoge y envuelve una de las partes de la sandía en un pañacate y la entrega a su chofer, quien sale apresuradamente.

1: ¡Qué barbaridad!

2: ¡Es una profanación!

3: ¿Para qué se la arrancarían?

4: La van a curtir para colgarla en la Casa Blanca.

5: Dicen que se la llevaron los jíbaros.

1: Los alemanes quieren estudiarle el cerebro para ver por qué era tan astuto.

2: ¡Adiós, ¿apoco hay formas de medir la inteligencia?!

3 (*Ademán de que huele mal*): *Hay que embalsamar el cuerpo de inmediato.*

4: ¿Y sin cabeza?

5: ¡Ni modo!

1: Él había pedido que lo enterraran en Chihuahua.

2: Quería mucho esa ciudad.

3: Siempre dijo que había nacido en Durango.

4: Pero en Chihuahua revolucionó toda su vida.

5: Ya hasta había mandado construir su lápida en el panteón de la Regla.

1: Pero, pues... ¡va a quedar enterrado en Parral!

2: En contra de su última voluntad...

3: ¡Lejos de su querencia...!

4: ¡Y sin cabeza!

5: ¡Ni modo!

Alarmado, el chofer regresa, trayendo el envoltorio en las manos, como quien transporta una ofrenda.

CHOFER: General, los interesados se niegan a entregar el dinero.

DURAZO: ¿Y usted qué les dijo?

CHOFER: Están asustados por el ruido que produjo el incidente.

DURAZO: ¿No les reclamó?

CHOFER: Temen que se convierta en un conflicto internacional.

DURAZO: ¿Cuánto es lo más que ofrecen?

CHOFER: Nomás la mitad, general... pero... en pesos mexicanos.

DURAZO: ¡Vuelva allá enseguida!

CHOFER: ¡A la orden, mi general! (*Hace intento de irse*).

DURAZO: ¡Y no acepte ni un centavo menos!

CHOFER: ¡Ya dijo, general! (*Se cuadra para salir*).

DURAZO: ¿Qué están creyendo estos comerciantes gringos, que nuestra mercancía no vale?

CHOFER (*Revisa la sandía*): Está bien fresca... ¡¿Qué pero le ponen?!

DURAZO: ¡Tratos son tratos!

CHOFER: Y tratados son tratados, general, pero... ¿si se niegan por motivos de sanidad...?

DURAZO: ¡Que cumplan!

CHOFER: ¡A la orden, mi general!

Se cuadra, golpea los tacones, da media vuelta y sale. El paquete conteniendo la cabeza de Villa, se bambolea peligrosamente en manos del portador. Durazo increpa a los curiosos.

DURAZO: ¡Entiérrenlo de una vez! ¿Qué esperan?

1: ¡Todavía no acaban de embalsamarlo!

DURAZO: ¡De todos modos se tiene que pudrir!

2: ¿No van a trasladar los restos a Chihuahua, general?

DURAZO: ¡¿Y arriesgarnos a que el pueblo se amotine?!

3: Allá lo quiere mucha gente...

DURAZO: ¡Por eso! ¡Entiérrenlo aquí mismo y en caliente!

4: ¿Sin las honras que merece?

1: ¿Sin lápida de mármol?

2: ¿Sin letras de oro?

3: ¿Sin misa de cuerpo presente?

4: ¿Sin cabeza?

5: ¡Ni modo!

DURAZO (*Burlón*): ¡Que la historia se encargue después, si quiere, de depositarlo en la Rotonda de los hombres ilustres!

Suena el teléfono que trae a la cintura; contesta, malhumorado.

DURAZO: ¡¿Qué...?! ¿Ni siquiera lo que te ofrecieron hace rato...? ¡¿Cuánto dices?! ¡Con eso no cubren ni los gastos de transporte! ¡De ninguna manera! ¡No les entregues nada! ¡Haz con ella lo que te dé la gana! ¡Entiérrala en cualquier parte...! ¡No! ¡No! ¿Para qué vas a cargarla de

regreso? ¡Yo no quiero saber nada más de este asunto! ¿Entendiste? ¡Nada!

Diálogo 5

ARANGO: ¡¿Hasta dónde llegaron estos insensatos?!
¡Vendiéndolo a pedazos, mi general! ¡Hágame favor!

VILLA: Ya decía yo, que, después de muerto, todavía les iba a dar de comer a muchos.

ARANGO: De aquí pal real, general: ¡Estatuas y monumentos le van a sobrar! ¡Van a querer traficar hasta con su memoria!

VILLA: Mi nombre les servirá de pretexto y escudo para todas sus maniobras políticas.

ARANGO: Héroe o bandido, según les convenga. Y usted sin poder evitarlo, mi general. Traído y llevado, como quien dice. Ay usted verá.

¿Héroe o bandido?

CELIA: ¡Héroes! ¡Benefactores de Parral! ¡Melitón Lozoya y Jesús Salas Barraza! ¡Héroes, porque libraron a la Patria de ese monstruo que fue Villa!

PIÑÓN: Francisco Villa era campesino de corazón. Él quería que la gente se arraigara a la tierra.

CELIA: Era un monstruo que a los diecisiete años de edad comenzó su carrera de bandido.

PIÑÓN: No solo ayudaba a los trabajadores de Canutillo, sino a toda la gente pobre de los ranchos vecinos, que no tenían trabajo, para que no emigraran.

CELIA: Un bandido, que se fingió muerto para matar a machetazos al jefe de los rurales que lo perseguía.

PIÑÓN: Durante las cosechas, llegaba a las labores y se revolvía a trabajar como cualquiera, porque le gustaba.

CELIA: Un perseguido por la justicia, que se cambió el nombre para continuar con mayor éxito el robo de ganado.

PIÑÓN: Al finalizar la jornada, se sentaba a la entrada de su hacienda, a platicarles sus batallas victoriosas a los soldados de su escolta.

CELIA: Un abigeo al que, para que encerrara las bestias robadas, sus socios le abrían las puertas de la plaza de toros de Parral.

PIÑÓN: De origen humilde, lo que lo guiaba en sus acciones era educar a los ignorantes desamparados.

CELIA: Un malhechor, que, para perfeccionar sus fechorías, se unió a la partida de asesinos encabezada por José Beltrán y Tomás Urbina.

PIÑÓN: Un hombre sencillo, que se unió a la revolución para aliviar la situación de los pobres.

CELIA: Un mujeriego, a quien los porfiristas le quitaron la montura y el sombrero, porque lo confundieron con un revolucionario.

PIÑÓN: Un hombre modesto. No tenía educación, pero conocía sus obligaciones y sus deberes mejor que muchos que han ido a la escuela.

CELIA: Un oportunista, que, al grito de ¡Viva Madero!, extendió sus tropelías por toda la región.

PIÑÓN: Un hombre, que, en una década de fidelidad a la revolución, llegó a la cumbre de su deslumbrante carrera.

CELIA: Una bestia, que, al amparo de la revolución, logró la impunidad.

PIÑÓN: Un héroe que cayó de repente en una fosa.

Epílogo

Villa toma en sus manos la mitad de la sandía y la observa.

VILLA: Un ser humano acribillado y decapitado por manos impunes.

ARANGO: Odiado por los ricos y querido por los pobres.

VILLA: ¡Amén! (*Levanta la sandía y la arroja hacia el piso frente a él*).

100

20 JULIO 1923 20 JULIO 2023

CENTENARIO DE LA MUERTE DE

FRANCISCO VILLA

Con motivo del centenario luctuoso de Francisco Villa, presentamos la colección de libros que destacan la vida, el legado y la influencia del líder revolucionario en la historia de México y más allá. Una colección que abarca la vida del Centauro del Norte desde la mirada biográfica, historiográfica, teatral y mítica. La publicación de estos libros es la ocasión para honrar a uno de los personajes más fascinantes y complejos de la historia mexicana.

*

De estirpe cinematográfica, el relato de *¿Herraduras al Centauro?* está constituido por tres partes: *Perro del mal*, *Vivo o muerto* y *Manos impunes*, que corresponden a tres períodos de la vida de Pancho Villa, y pueden considerarse autónomas o fragmentos de un relato sobre el protagonista.

Armando Partida Tayzan

Enrique Mijares es un autor e investigador enfocado en los conceptos de la realidad virtual y el hipertexto. Ha sido becario del Sistema Nacional de Creadores de Arte y es Doctor en Letras Españolas por la Universidad de Valladolid, España. Maestro en Educación con especialidad en Humanidades por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey.